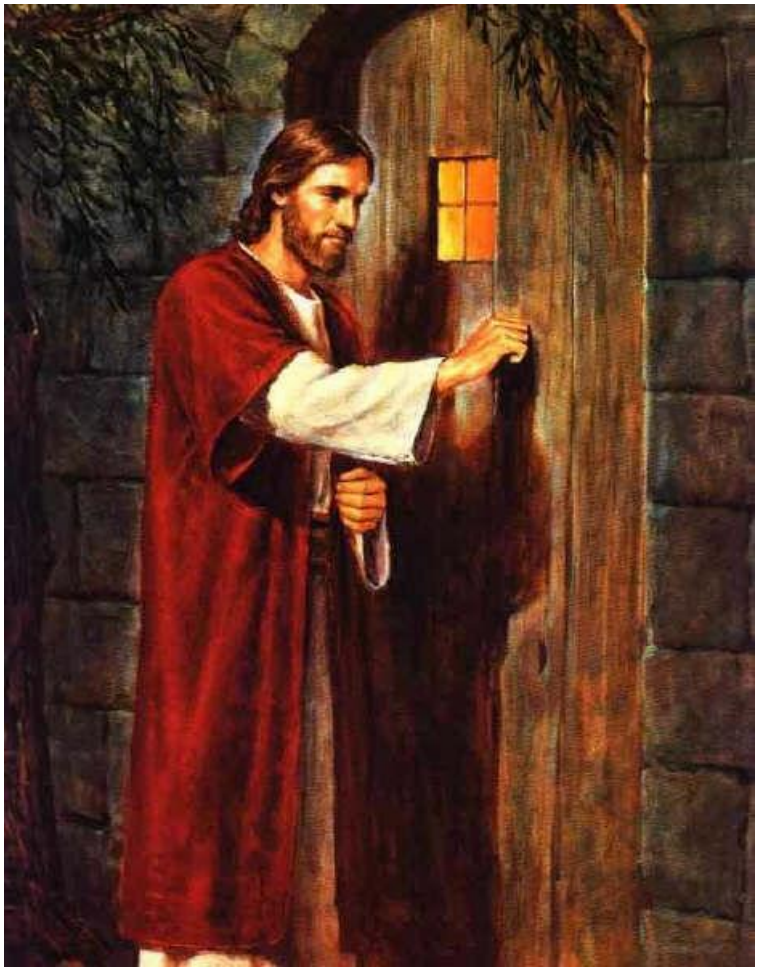
SOY JESÚS: ¿PUEDO PASAR?



ENCUENTRO DIARIO CON JESÚS

Juan Manuel del Río, CSsR.

"Yo estoy junto a la puerta y llamo:
si alguno oye mi voz y me abre,
entraré en su casa,
y cenaremos juntos"
(Ap. 3,20).

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía»!

¡Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

(Lope de Vega)

PREÁMBULO:
CUANDO LA PUERTA ESTÁ TRANCADA

Hay una puerta que carece de llave. Sólo desde dentro se abre. A veces está trancada. Es la puerta del corazón. Ésta, exactamente ésta, sólo desde dentro se abre. La llave queda sustituida por la libertad personal. Libertad y voluntad van de la mano. De la voluntad de cada quién depende abrir o no abrir. Quien está a la puerta llamando es nada menos que Jesús.

Sin duda, lo más grande que Dios nos ha dado, después de la vida, es la libertad. La libertad es sublime. Pero también, sumamente peligrosa. Precisamente, porque somos libres, podemos abrir, o no, la puerta a la que Jesús no se cansa de llamar. La responsabilidad y decisión de abrir o no, de cada quién depende. Cada vez que Jesús llama, lo hace en son de paz. Lo hace por amor. Es una delicia hablar con Él.

Este libro, amigo lector o lectora, no es, como puedes suponer, ningún tratado de Cristología. Abunda al respecto, la literatura sobre el tema de reconocidos autores. Por citar sólo algunos, tenemos el *"Jesús"* de Pagola. *"Jesús de Nazaret",* de Benedicto XVI. **"***Un judío marginal",* de JP. Meier. *"El Jesús histórico",* G. Theissen y A. Merz. *"Los tres proyectos de Jesús y el cristianismo naciente",* de Senén Vidal. *"El regreso del hijo pródigo", "Cómo vivir una vida espiritual en un mundo material",* de H. Nouwen. Y tantísimos otros. Éste, por el contrario, contiene sencillas *conversaciones con Jesús,* muy aptas para un *encuentro diario con Jesús*. Un libro muy práctico a la hora de orar. Se trata, pues, de dialogar con Jesús. Son páginas escritas a pie de campo, al andar de mi acción misionera y pastoral. Creo que pueden ser útiles para quien desee acercarse a Jesús y familiarizarse con su entrañable persona a la hora de hacer oración. Para mí lo han sido, lo siguen siendo. Vale la pena abrir la puerta del corazón a Jesús. Es el Amigo fiel de verdad.

-1-
¡ADELANTE, JESÚS!

Pasa, Jesús, pasa; que la puerta está sólo entornada. Pasa, y charlemos. Estás en tu casa. Aunque ya ves cómo es mi casa: vieja y con muchas goteras. Necesitada de muchas reparaciones. Pero es lo que hay. ¡Cómo te agradezco que te hayas dignado venir a mi pobre casa! ¡Te necesito tanto! Tú sí eres un amigo de verdad. Y yo necesito hablar contigo. Mi pobre voz tomará entonación en el Evangelio.

Bien, Jesús, me gustaría comentar contigo algunos de los elocuentes hechos que registra el Evangelio. Pero antes de nada, y para comenzar, permíteme traer a colación un recuerdo personal que guardo en la memoria. Resulta que, entre tus discípulos de entonces, tuviste dos, muy señalados, muy majos, intrépidos ellos. Eran de carácter recio. Tanto, que los apodaste *"boanerges", "hijos del trueno".* Un apodo que los retrata de cuerpo entero. Un mote, por lo demás, extensivo; es decir, que se puede aplicar a muchos de tus discípulos de hoy. Quizá sea por, pero a mí personalmente, Santiago y Juan me caen muy bien. Te cuento.

En mis lejanos años de la adolescencia, solían predicarnos los *"retiros espirituales"* sacerdotes estupendos, de renombre; misioneros curtidos en mil batallas. Solía haber en bastantes de ellos una línea de predicación un tanto exaltada. ¿Cómo te diría…?, sí, como de *arte dramático*. Ya me entiendes. En algunos temas elevaban la voz: *"tronaban".* Hasta las telas de araña se cimbreaban en las esquinas del techo gótico de la iglesia. Cargaban mucho las tintas. Demasiado. Por ejemplo en la parábola llamada del *"hijo pródigo".* La describían con tintes tan dramáticos que, por si fuera poco lo que ya arrastraba el pobre *hijo pródigo*, por ser…, eso, un perdido, que aún le caían más anatemas en la dramática oratoria de tales predicadores. Te hacían ver, evidentemente esa era la finalidad, que el pródigo no era propiamente el del evangelio, sino uno mismo. De tal manera que, si habías entrado a los retiros con serenidad y paz medianamente espiritual, salías convencido de ser el mayor pecador del mundo. Un pecador empedernido, elevado a la enésima potencia de maldad. Sí, Jesús, te cuento que era para echarse a temblar. Apabullante. En definitiva, salías de la meditación más tembloroso que un junco, viéndote empecatado de pies a cabeza. Se dramatizaba excesivamente, a mi modo de ver, el pecado. Pero la misericordia se iba por la tangente. Y el verdadero protagonista de la parábola, el *Padre misericordioso*, prácticamente pasaba a ser actor secundario del drama. Apenas si se recalcaba la misericordia. La parte principal se la llevaba el pecado, mejor dicho, el pecador que, naturalmente, era uno mismo. Con lo cual, el miedo, que no la misericordia, te movía a la *"conversión".* ¿Dónde quedaban el amor y la ternura? ¿Dónde la misericordia? Pero los tiempos han cambiado. Y si no, que se lo digan al Papa Francisco.

Jesús, esta impresión personal de tiempos idos que te cuento, sirva como desahogo anecdótico. Y ahora, vayamos a la parábola del *"Padre misericordioso".* La recoge san Lucas (Lc 15,1-3.11-32). En un ambiente natural judío, nos presenta tres personajes. Los tres varones. Un padre que tiene dos hijos. No aparece una madre, ni unas hermanas. El tema no es, pues, ni se dirige a la familia. El tema es Dios. Tampoco tal como lo entendían los fariseos, un Dios que gobierna y domina todo y al que uno se somete por el cumplimiento de unas determinadas leyes. Sino Dios, tal como tú, Jesús, nos lo has presentado: *Dios-Padre-Misericordioso*. Esto hace que las cosas que se vean con otra perspectiva. No bajo el prisma del miedo, y del hundimiento y fracaso personal, sino desde una profunda esperanza cristiana; porque el amor y la ternura vencen siempre al pecado.

Vamos por partes: *El hijo pequeño*. Siempre se le dio mucho protagonismo. *Puntería torcida* en la interpretación esencial del texto, porque el protagonista no es él. Es normal que un padre quiera por igual a sus hijos; y que el pequeño, por serlo, se lleve los mimos o caricias. Aquel día debió levantarse con el pie izquierdo, porque se le subieron los humos. En una actitud de orgullo y chulería, y hasta de desprecio a cuanto le rodea, una vez recibida por adelantado la herencia, se va lejos del Padre, de la familia y de la comunidad natural. En sueños de una quimérica felicidad en una vida de independencia y de libertad, al sentirse seguro con el dinero que lleva, se va. Como lleva dinero, le llueven los amigos. Pero, oh exquisita casualidad, cuando se termina el último céntimo se termina el último amigo. ¡Qué casualidad!. Menos mal que se le acabó el dinero. Fue en ese momento cuando entró en razón. Recapacitó, reconoció su pecado; y regresó, harapiento, abatido, hambriento, con la dignidad perdida; no del todo, porque supo al menos reconocer su error, lo cual le dignifica.

El *Hijo mayor.* En dos brochazos se le puede hacer un retrato. Es un hijo bueno, obediente, trabajador..., en fin, como quien dice, nunca ha roto un plato. Pero de pronto queda al descubierto de que no es un buen hermano. Un intransigente. No se alegra con la vuelta de su hermano. Y encima, es un rencoroso y se encara con su padre, hasta dejar al descubierto sus más ocultos resentimientos.

Jesús, tú apuntabas al centro de la diana. Y el centro es *el Padre*. Tú no yerras el tiro, como nos pasa a nosotros. Tú apuntas y das en el mero centro de la diana. Y, así, nos presentas magistralmente lo que querías que se nos metiera bien metido en la cabeza. Que no es el miedo al pecado, ni al infierno, lo que nos debe hacer cambiar, sino *la ternura y la misericordia de Dios.*

Bien lo expresó el poeta: "No me mueve, mi Dios, para quererte / cielo que me tienes prometido, / ni me mueve el infierno tan temido / para dejar por eso de ofenderte. / Tú me mueves, Señor, muéveme el verte / clavado en una cruz y escarnecido, / muéveme ver tu cuerpo tan herido, / muévenme tus afrentas y tu muerte. / *Muéveme, en fin, tu amor*, y en tal manera, / que aunque no hubiera cielo, yo te amara, / y aunque no hubiera infierno, te temiera. / No me tienes que dar porque te quiera, / pues aunque lo que espero no esperara, / lo mismo que te quiero te quisiera".

Sigamos con *el Padre*. Es el personaje central, el verdadero protagonista de la parábola. Sale al encuentro de los dos hijos, "*movido de compasión*". Sale al encuentro del hijo pequeño, que, por cierto, ya no era tan pequeño, bien sabía lo que se hacía. Lo abraza, lo besa..., ni le deja hablar. *"Padre, he pecado…",* va recitando a lágrima viva el hijo. Ni caso. El Padre manda vestirlo de arriba abajo con la mejor ropa. Y organiza un banquete por todo lo grande. Y sale al encuentro del Hijo mayor, el "bueno", pero no tanto. Le suplica que entre, le convida a la fiesta, a la alegría.

Jesús, una conclusión surge de inmediato: En un fatídico momento de ceguera interior podemos abandonar nuestra dignidad de hijos. Pero Dios, al que tú, Jesús, siempre lo presentas como Padre, no abandona su misión de Padre. Sale a la búsqueda de los perdidos. Perdidos por caminos diferentes. Pero perdidos. Todos tenemos un poco de los dos hijos. Y organiza una fiesta al más alto nivel.

Esta es la parábola, mal llamada del *"hijo pródigo",* afortunadamente recuperada como del *"Padre misericordioso".* Padre que respeta la libertad de sus hijos, por más que le duelan las decisiones de éstos. Que continúa amándoles. Que está siempre preparado para abrazarlos en cuanto regresan. Que los acoge con amor y los reintegra a la familia y a la comunidad. Y que celebra con una gran fiesta la alegría de su regreso.

-2-
BANQUETE SOBRE MANTEL DE HIERBA

Jesús, veo que en los cuatro evangelios se narra lo que se ha dado en llamar *el milagro de la multiplicación de los panes y los peces*. Pero creo que más que de milagro, se trató de que sacaste los colores de la cara a los egoístas. Este milagro, creo que hay que mirarlo más por pasiva que por activa. Sí. Cuando viste que la gente que te seguía estaba hambrienta, lo primero, como siempre, te compadeciste. Luego dijiste a los apóstoles: *"Dadles vosotros de comer"* (Lc 9,13). Y la respuesta al canto: *"No tenemos con qué".* Esa fue la respuesta fácil, evasiva al mismo tiempo; propia de alguien que no pisa la realidad. Claro que tenían comida. Muchos, no. Pero otros, sí. Y tú, lo que hiciste fue invitarles a compartir eso poco que tenían. Por eso, preguntaste en voz alta, para que todos te oyeran: *¿Cuánto pan tenéis?* La respuesta primera fue el silencio. Hablar hubiera sido, como se dice hoy, políticamente incorrecto. Hasta que alguien se atrevió a romper el silencio: *¡Cinco panes y dos peces!*, dijo alguien. Seguro, Jesús, que tu sonrisa de satisfacción la captó todo mundo. ¿Era poco, era mucho? En realidad, pensando en lo *políticamente correcto*, era poco; y sin embargo, ¡oh contrastes de la vida!, alcanzó para todos, y aún sobró.

Jesús, tenías el maravilloso don de la ironía. Aún debes estar riéndote de la doble respuesta que te dieron. Primera: *no tenemos*. Segunda: *sólo tenemos cinco panes y dos peces*. Y ¿para qué más? Basta y sobra. Y lo primero que hiciste: orar al Padre. ¿Qué le pediste al Padre? Posiblemente, que la gente descubriera que se puede ser generoso. Que compartieran. Y compartieron. Y el resultado fue que comieron todos. Y eso que, de sólo hombres, eran más de cinco mil. ¡Y, oh ironía de la vida!, sobró comida. Siempre sobra cuando se tiene la voluntad y la decisión de compartir. Para eso hay que estar en la realidad. Y la realidad es que hay mucha gente hambrienta, necesitada, ante la que solemos mirar para otro lado.

Pero tú, Jesús, no miras para otro lado. Importantes los detalles. *Comieron todos*. Y todos juntos. ¡Qué milagro!, solemos decir. ¿Milagro?. Para mí, el milagro no consistió en que tú multiplicaras los panes; fueron ellos los que multiplicaron los panes y los peces al poner en común lo poco que cada uno tenía. Para mí, ese fue el milagro. Desprenderse de lo poco en favor de todos. El verdadero milagro, se produce cuando se comparte de corazón lo que se tiene. Entonces nos damos cuenta de que hay mucho más de lo que pensamos. El gesto de alguien que puso lo suyo al servicio de los otros hizo posible el *milagro.* Porque movió a los demás a imitarlo.

Este milagro nos invita a descubrir que tu proyecto, Jesús, fue hacer de toda la humanidad una fraternidad real y universal, donde el signo distintivo y fundamental es el amor. *"Amaos unos a otros como yo os he amado"* (Jn 13,34). Para lo cual, instituiste la Eucaristía. El mayor signo de unidad y amor fraterno. Porque al Reino de los cielos no se va por libre. Es importante saber compartir. Importante saber convivir con y como hermanos. Porque estamos hechos para vivir juntos, para comer juntos, compartiendo nuestra mesa con los demás. Estamos hechos para la amistad. Si los humanos damos tanta importancia a los

banquetes; banquetes de bodas, banquetes en familia, banquetes por tan distintos motivos. La Eucaristía es el banquete de la unidad, del amor fraternal, de la Salvación.

Qué bien se entiende tu lenguaje, Jesús. Empleaste la metáfora del banquete para hablarnos, y que entendiésemos la realidad del Cielo. Lenguaje que todo mundo entiende. Porque es el lenguaje de la realidad. No valen místicas etéreas; cuenta la realidad. Y la realidad es que, quien tiene, mucho o poco, si lo guarda para sí, al fin se quedará sin nada. Se quedará solo. Pero quien participa del Banquete entrará en el Reino de los Cielos.

-3-
COMPASIVO Y MISERICORDIOSO

Jesús, el misterio de Dios nos desborda absolutamente y al mismo tiempo condiciona todo el significado humano de nuestra vida. Me explico. Dios nos ha dado la capacidad de intuir su existencia y su presencia envolvente. El problema está cuando por querer abarcar a Dios, cosa imposible, recurridos a los sucedáneos y nos hacemos falsas imágenes de Él. O bien nos lo imaginamos a nuestra semejanza (un señor, anciano venerable, de larga barba blanca). Una caricatura, nacida de la necesidad de saber de Dios. Y que posiblemente, por otra parte, haya surgido desde revelación que tú mismo, Jesús, nos hace de Dios, cuando nos dices que es Padre.

Ver, pues, a Dios como Padre, no es una caricatura, sino adentrarnos en su ternura y misericordia. Dios es el Padre por excelencia. Aun así, no dejará de ser un misterio inabarcable, pero al mismo tiempo inefable. Es Padre tuyo, Jesús: *"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo"* (2 Cor 1,3; Ef 1,3). Dios es también nuestro Padre. Y este Padre es: Señor de cielo y tierra. Todopoderoso. Misericordioso. Omnipotente... Términos acuñados ya en el Antiguo Testamento: sobre todo en los Salmos; en Isaías; Oseas, etc.

Pero tú, Jesús, nos has descubierto en el Nuevo Testamento una faceta primordial. Nos has presentado a Dios como Padre misericordioso. De este modo, nos lo recuerdas en la parábola del padre misericordioso, del hijo pródigo. Y en tantos pasajes. La carta a los efesios dirá: *"Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó"* (Ef 2, 4). Rico en misericordia. O en corintios: *"Padre misericordioso y Dios de toda consolación"* (2Cor 1, 3). Consolador. O el matiz que añade Santiago: *"Jesús revela el rostro de Dios Padre 'compasivo y misericordioso'"* (Sant 5, 11). Compasivo.

Desde todas las adjetivaciones que hagamos de Dios nos vamos aproximando a él. Esas aproximaciones son una manera de *"experimentar a Dios".* Y aunque ese 'experimentar' sea muy entrecomillado, dada nuestra finitud e imposibilidad de abarcar lo infinito, nos ayuda a comprender que Dios es el *"Sentido"* o *"fundamento"* de nuestra vida. Dios es quien da "consistencia" y "seguridad" a nuestra vida. Experimentamos esta seguridad desde el momento en que se ha revelado constantemente en la Historia, en cuanto tal. Y sigue manifestándose en nuestra historia personal. Esto lo sentimos y palpamos de muy diversas formas cada día, a nivel personal.

Dios es, pues, quien conduce la Historia. Porque Dios no es un Dios ausente, sino presente en la Historia en cuanto tal; y en la Historia humana en particular.

-4-

CRISIS DE DIOS

Jesús, una misma palabra, según dónde, cuándo y cómo se use, no significa lo mismo. Por ejemplo, la palabra *crisis*. En su origen, tanto latino como griego, viene a significar, juzgar, valorar. En definitiva, hacer un juicio de valor sobre algo; que viene a ser algo así como una coyuntura de cambios, porque todo evoluciona. Y toda evolución lleva también consigo una cierta inestabilidad e incertidumbre.

En la actualidad, cuando hablamos de crisis, solemos referirnos a que algo se tambalea. Es una palabra muy manida, muy socorrida. Muchas cosas están hoy en crisis; particularmente los valores que deben regir a las personas y a la sociedad. No deja de ser llamativa la facilidad con que el vocablo *crisis* lo aplicamos hoy a Dios. Y así, decimos: *Hay crisis de Dios*. De tanto repetirlo, casi llegamos a convencernos de que sí, de que hay crisis de Dios. Y yo, Jesús, te pregunto: ¿Hay crisis de Dios? De verdad, ¿alguien se lo cree? Me atrevo a disentir de quienes así piensan. Porque la crisis es más bien del hombre. Hoy hay crisis de humanidad, y de humanismo. Muchos valores nos están fallando, se nos tambalean. Me pregunto, ¿crisis porque los tiempos son difíciles? ¿Y cuándo no lo han sido? Pensar que los tiempos pasados fueron mejores, resulta ser una exageración semítica, que ya es decir. O de un optimismo ingenuo.

San Pablo, tu gran apóstol, ése sí que tuvo una enorme crisis. Para bien. Su sentido religioso evolucionó, cambió. Se decantó por ti, Jesús. Cuando escribe a los romanos, les dice que ya es *"hora de espabilarse"* (Rom 13,11). Y lo más curioso, que *"no se acomoden al tiempo presente"* (Rom 12,2). *El tiempo presente*, de entonces, era tiempo de paganismo. Por consiguiente, que no acepten un cambio que, lejos de ser una evolución, significaba un retroceso.

La verdad, Jesús, que el tiempo actual también es de paganismo. Que traducido al lenguaje nuestro, equivale a decir que no hay que lamentarse de si hay o deja de haber crisis; si corren o no, malos tiempos. Porque las lamentaciones no solucionan los problemas. Sino que hay que ponerse en acción. Y ponerse en acción, significa moverse y ponerse a evangelizar. De otro modo, podríamos pasarnos la vida dando gritos contra las tinieblas, pero éstas no desaparecerán. El único enemigo de las tinieblas es la luz. Basta encender una cerilla y las tinieblas huyen.

Hoy, el desafío de los cristianos, y de la Iglesia con mayor motivo, es evangelizar. Es decir: anunciarte a ti, Jesús resucitado. Tú nos dijiste: *"Id y proclamad la Buena Nueva"* (Mt 28). Tú eres la luz; tú nos vas abriendo paso entre las tinieblas. De modo que los cristianos estamos obligados, no a dar gritos contra las tinieblas, sino a encender la luz. *"Vosotros sois la luz del mundo"* (Mt 5,14). Porque la función de la luz es iluminar. Sólo desde ti, que eres la luz del mundo, se puede construir la paz que el mundo, es decir, todos, necesitamos.

Nos urge pasar de un mundo centrado en la economía a un mundo centrado en los valores de la persona. Esa es la crisis buena. La verdadera evolución. Y entre esos valores están

la libertad individual, la participación en todo lo relacionado con el mundo laboral, la participación real en el gobierno de los pueblos. La luz del Evangelio debe iluminar el mundo precioso de la cultura, tan distinta y plural, tan rica. La riqueza de los pueblos no está en la Banca, sino en las personas y su dignidad. Y ya ves, Jesús, cómo está, por ejemplo, el tema de los emigrantes y refugiados. Cuántas absurdas e inhumanas barreras y fronteras ponemos. Cuánta guerra y cuánta explotación. Es decir, estamos en crisis, pero de la mala. ¿Cuándo llegaremos a un grado mínimo al menos de respeto a la libertad y dignidad de las personas? Tú nos dijiste que nos tenemos que amar. Y qué lejos estamos de conseguirlo. El egoísmo se ha adueñado de una gran parte de los humanos. Luego, ¿hay crisis de Dios? ¿O no es más bien crisis del hombre, que ha hipotecado su libertad, su responsabilidad y su dignidad? La verdadera crisis es del sentido común, al que estamos alejando de nosotros.

-5-
DIOS ES FRÁGIL

Jesús, cuando uno se pone a contemplar la Creación, ¡maravillosa Creación, cuya inmensidad la mente no puede abarcar!, inmediatamente la mente nos lleva hasta Dios, Creador infinito de todo cuanto existe, y uno queda anonadado. ¡Qué grande es Dios!, pienso. Y pienso al mismo tiempo, ¡y qué frágil!. ¡Todo un Dios, inmenso, maravilloso, indescriptible, inabarcable, que no cabe en el universo, va, y de pronto, se hace Niño. Dios se hace Niño por nosotros, y para nosotros!

Jesús, te pregunto: ¿hay algo más bello y frágil que un niño? ¿Recuerdas cuando tú naciste en Belén? ¡Cuánta ternura, y cuánta fragilidad a la vez! Repito, ¿puede haber cosa más encantadora es un niño? Y, sin embargo, la cosa más frágil. ¡Cuánta fragilidad! Un niño no se vale por sí mismo; necesita de los demás. Tú, Jesús, todo un Dios, al hacerte Niño necesitaste de los demás. En primer lugar, de la madre. Eres, pues, el Dios frágil. Voluntariamente frágil, por nosotros. Y al mismo tiempo, el Dios fuerte al asumir sobre tus hombros el tremendo compromiso de la Redención.

Intento meditar, pensar hoy sobre tu muerte. Y no acierto. Quizá porque la muerte no es lo tuyo, aunque tuviste que pasar por ella. Nunca la muerte fue tu destino. Tu destino era, es, y seguirá siendo la Vida. La muerte, eso sí, fue el dramático y necesario acontecimiento para que la Vida triunfara sobre la misma muerte y el pecado. Libre y voluntariamente te ofreciste a la muerte. Desde siempre supiste, Jesús, que el Padre te llamaba a una misión: Anunciar la Buena Nueva a los pobres y dar la libertad a los oprimidos. En pos de la realización de este proyecto recorriste los caminos polvorientos de la Palestina. Pasaste *"haciendo el bien y curando a todos los que habían caído en poder del demonio"* (Hch 10,38). Anunciaste un mundo nuevo, de vida, de libertad, de paz y de amor para todos.

Nos enseñaste que Dios es amor, que no excluye a los pecadores; que los marginados son los preferidos de Dios. Al mismo tiempo, previniste a los poderosos de que el egoísmo los conduciría a la muerte. Por eso, tu designio liberador entró en contradicción con las autoridades, que se sintieron incómodas con la denuncia que hacías. ¿Por qué incómodas? Porque no estaban dispuestas a renunciar al poder, a la influencia, dominio, o privilegios. Y te prendieron, te juzgaron, y condenaron en un juicio sumarísimo donde no reinó la equidad y la justicia, sino el odio. Te odiaron, tanto los judíos como los romanos. Y te clavaron en la cruz. Fue la consecuencia del anuncio abierto que hiciste del Reino.

Pero antes del desenlace fatal en la cruz quisiste asegurar tu presencia entre nosotros, e instituiste la Eucaristía, bajo las especies familiares del pan y del vino, advirtiéndonos: *"Haced esto en memoria mía"* (Lc 22,19). Fue la donación de tu vida por Amor. Jamás hubiéramos podido soñar cosa igual. Y una vez en la cruz, tu fragilidad se convirtió en la fuerza que es capaz de gritar: *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"* (Lc 23,34). Tu fragilidad consiste en la fuerza de tu amor.

-6-
DOS CAMINOS

Jesús, en la *Didajé* me llamó la atención cuando dice: *"Hay dos caminos, el de la vida y el de la muerte, y grande es la diferencia que hay entre estos dos caminos. El camino de la vida es éste: 'Amarás en primer lugar a Dios que te ha creado, y en segundo lugar a tu prójimo como a ti mismo. Todo lo que no quieres que se haga contigo, no lo hagas tú a otro'..."*. (I,1-2). Es decir, dos caminos que convergen en el mismo punto: el mandamiento del Amor, como expresaste en el Evangelio. Separar el camino de Dios, del camino del prójimo, es lo mismo que romper el Amor. Dios y el prójimo se identifican.

La *Didajé* apunta directamente al corazón: hay que amar. Y donde radica la fuerza para amar es la eucaristía, sacramento de vida; y por consiguiente, compromiso real. Y concretiza en situaciones que son de acuciante actualidad: *"Segundo mandamiento de la doctrina: No matarás, no adulterarás, no corromperás a los menores, no fornicarás, no robarás, no practicarás la magia o la hechicería, no matarás el hijo en el seno materno, ni quitarás la vida al recién nacido".* Entiendo que al fijarse en cosas tan puntuales, es porque el problema existía entonces, como existe hoy. Con qué facilidad, en todos los tiempos, y hoy en particular, se mata. Y no solamente se mata, absurda e indiscriminadamente, en las guerras, tan continuas y constantes. Se mata, sólo pensarlo da vértigo, en el seno materno, de modo impune e inmisericorde. ¿Qué le pasa a nuestra sociedad actual?

Entiendo, Jesús, que es necesario tener espíritu de discernimiento, para saber distinguir, para saber optar. La guerra, y menos la muerte violenta, no tienen justificación alguna. De ahí que, hay mucha gente que no puede acercarse a la Eucaristía, en el supuesto de ser creyentes, si tienen las manos manchadas en sangre. Porque la Eucaristía es el juicio inexorable para la conciencia de la sociedad; de hoy y de siempre. Y así, prosigue la Didajé: *"No codiciarás los bienes del prójimo, no perjurarás, no darás falso testimonio. No calumniarás ni guardarás rencor. No serás doble de mente o de lengua, pues la doblez es lazo de muerte. Tu palabra no será mentirosa ni vana, sino que la cumplirás por la obra. No serás avaro, ni rapaz, ni hipócrita, ni malvado, ni soberbio. No tramarás planes malvados contra tu prójimo. No odiarás a hombre alguno, sino que a unos los convencerás, por otros rogarás, a otros los amarás más que a tu propia alma..."*.

Me pregunto, Jesús: ¿Por qué hay, en muchos cristianos, una especie de deserción de la Eucaristía, ("no van a misa", decimos); o bien, una separación de hecho entre la Eucaristía y la vida real? Para quienes asistir a la Eucaristía no pasa de ser un precepto o mandato de la Iglesia, entiendo que poco o nada les pueda decir la Eucaristía. Se va por cumplir; con lo cual, nos vinculamos a la tiranía de las leyes o normas. Si se trata de satisfacer personales exigencias de una religiosidad individualista, será una Eucaristía abstraída de la Comunidad. Religiosidad a la carta. Si se participa por determinados compromisos sociales, bodas, comuniones, entierros, es una participación tipo florero, como los que adornan el altar; es estar pasivamente. Así, la Eucaristía no les dirá nada. Es cuestión de fe. O se tiene fe o no se tiene fe. La fe se manifiesta en las obras, como se expresa el apóstol Santiago: *"Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno*

decir que tiene fe, si sus hechos no lo demuestran? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Supongamos que a un hermano o a una hermana les falta la ropa y la comida necesarias para el día; si uno de ustedes les dice: «Que les vaya bien; abríguense y coman todo lo que quieran», pero no les da lo que su cuerpo necesita, ¿de qué les sirve? Así pasa con la fe: por sí sola, es decir, si no se demuestra con hechos, es una cosa muerta" (St 2,14-26).

En la Eucaristía, participada activa y comunitariamente, se escucha el Evangelio, se ora al Padre Dios. Se reaviva el espíritu de fe. Y al comulgar, te recibimos a ti, Jesús, sacramentalmente; pero también a los hermanos, espiritualmente. Porque la Eucaristía es un banquete de salvación para todos.

De otro lado, querido Jesús, en la *"Epístola de Bernabé",* así denominada por Clemente de Alejandría a principios del siglo III, veo que también se dice que hay dos caminos; contrapuestos, desde luego: *"Dos caminos hay de doctrina y de poder: el de la luz y el de las tinieblas".* Y señala: *"Pero grande es la diferencia entre los dos caminos, pues sobre uno están establecidos los ángeles de Dios, portadores de luz, y sobre el otro, los ángeles de Satanás. Uno es Señor desde siempre y por siempre, y el otro es el príncipe del tiempo presente de la iniquidad. El camino de la luz es éste. Si alguno quiere seguir su camino hacia el lugar fijado, apresúrese por medio de sus obras. Ahora bien, el conocimiento que nos ha sido dado para caminar en él es el siguiente: Amarás al que te creó, temerás al que te formó, glorificarás al que te redimió de la muerte. Serás sencillo de corazón y rico de espíritu. No te juntarás con los que andan por el camino de la muerte, aborrecerás todo lo que no es agradable a Dios, odiarás toda hipocresía, no abandonarás los mandamientos del Señor".*

La *"Epístola de Bernabé"* incide también en tres aspectos concretos: *"No fornicarás, no cometerás adulterio, no corromperás a los jóvenes".* Está claro que el tema de la pederastia no es sólo de hoy, por desgracia. Pero lejos de ser una doctrina moralizante, esta carta es un juicio de valor, un discernimiento de los valores y los contravalores. Y naturalmente, partiendo de la Eucaristía, por ser la Eucaristía sacramento de perdón, de misericordia, de amor, de comunión. San Pablo dirá: *"Formamos un solo cuerpo los que comemos un mismo pan"* (1Cor 10,17).

Jesús, para terminar esta meditación: has hecho de la *Eucaristía* tu espléndida *"acción de gracias"* al Padre, en nombre de toda la Creación. Con lo cual, la Eucaristía es al mismo tiempo el sacramento de la alegría. Es la ofrenda que haces al Padre para darle gracias, y para que sintonicemos con Él. De este modo, tu ofrenda se convierte en motivo de gozo, de alegría, y de fiesta, que culmina siempre en el banquete fraterno. Y, ¿puede haber algo más gratificante que un banquete? Los caminos de la fe convergen en la Eucaristía. Gracias, pues, Jesús, por entrar en nuestra humilde morada.

-7-

EL DESIERTO DE NUESTRAS EVIDENCIAS

Jesús, en la tierra que elegiste para encarnarte hay mucho desierto. Entiendo que el desierto puede ser símbolo de muchas cosas. En primer lugar, de lo inhóspito, al menos aparentemente. También de lucha, de esfuerzo, de soledad, de supervivencia, de encuentro consigo mismo. De tantas cosas más. Y, desde luego, de vida. Porque en el desierto hay mucha vida.

El Evangelio constata que te retiraste al desierto. Retirarse es lo mismo que retiro. Tu retiro fue un retiro voluntario. Quisiste hacer una toma de conciencia de tu propia personalidad; también de la responsabilidad que adquirías ante Dios, ante el mundo y ante ti mismo, al asumir libremente la voluntad del Padre. Fue el modo de comenzar tu vida pública, con la proclamación de la Buena Nueva, o Evangelio. Y lo primero que hiciste fue ponerte en actitud de oración, que es mirar hacia dentro de uno mismo y al mismo tiempo mirar a Dios. Eras muy consciente de la responsabilidad que adquirías. A continuación sufriste las tentaciones. La verdad es que no fueron distintas de las nuestras. Eso sí, seguramente más espectaculares. Era la representación de un drama en un escenario ideal, no exento de un ambiente un tanto bucólico. Lo agreste del lugar geográfico no se diferencia mucho de lo agreste que puede resultar nuestra vida.

Retiro y desierto que se conjuntan para ayudarnos a interiorizar en nuestro yo personal y hacer un examen, en íntima soledad, y ver la escueta realidad de nosotros mismos antes de salir a la intemperie de la vida.

En la pedagogía de la exposición catequética de este pasaje, tú, Jesús, entablas un diálogo muy serio, contigo mismo, sobre las cuestiones que realmente preocupan y cuestionan al ser humano. Cuestiones que le pueden llevar a la realización plena como persona o al fracaso más estrepitoso. La Sagrada Escritura te sirvió de base. En la escenificación, dos interlocutores: Tú y Satanás. Lo importante en este proceso en el que se desenvuelve la conciencia personal es la revelación que encierra este episodio. Los narran los tres evangelios sinópticos: Mateo, Marcos y Lucas. En síntesis, es un drama que trascurre en tres actos:
Acto 1º: Tentaciones de Jesús
Acto 2º: Identidad de Jesús y su función mesiánica.
Acto 3º: Vencimiento de las tentaciones.

Es correcto, ¿no? Pues bien, si decoramos el escenario, veríamos el desierto; como marco ideal del drama que se desarrolla. Reina un ambiente de soledad y silencio. En medio de la escena, tú, Jesús, a solas consigo mismo. Tienes por delante todo el tiempo del mundo para la toma de ciencia que hace de ti mismo. Mil caminos posibles se te abren en un horizonte infinito. En pie, firme como una estatua identificada contigo mismo, tu libre albedrío. Al frente, en colores muy vivos, tu vida. ¿Qué vas a hacer de tu vida? Esta es la cuestión. Cualquier decisión que tomes será tuya y sólo tuya. Esa es la prueba. Ese el sentido de la tentación. La vida está llena de posibilidades. Hay muchas voces de sirena. Peligro.

En el acto 2º contemplamos tu identidad. Haces que Dios ocupe el primer plano en tu vida y en la de los demás. No será la ambición, el poder, la riqueza, o los ídolos del honor, etc. Junto a las falsificaciones que de Dios nos pueden hacer otros, hasta las mismas religiones, tú nos presentas a Dios como el Padre cercano y amigo, al que hay que adorar *"en espíritu y verdad".* Dios no es el Dios manipulable, que termina desapareciendo paulatinamente del horizonte de nuestra vida. No te dejas manipular y aceptas tu misión mesiánica. Y en esa misión está la dignidad y grandeza de Dios; y también del hombre. Y Satanás, en el esplendor fatuo de toda su soberbia, es derrotado apabullantemente.

En el acto final, te vemos, Jesús, concluyendo exitosamente tu toma de conciencia, tras la experiencia de las tentaciones a las que te has sometido como hombre, dándonos ejemplo, y enseñándonos a vencer las nuestras propias. En la apoteosis del triunfo definitivo y final, con voz espléndida, se alza tu grito: *"¡Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto!"* (Mt 4,10).

Mientras va bajando el telón de este drama de *"Las tentaciones",* me quedo pensando, Jesús, que las tentaciones no han acabado, que continúan también hoy, y bien seductoras. Y que andamos despistados. Solemos pintar al diablo con cara de malo, con rabo, y cuernos. Y mientras andamos distraídos imaginándonos un ser de mitológica ficción, no nos damos cuenta de que el verdadero diablo viene disfrazado, más que un carnaval; muy bien vestido, galante, seductor. Porque nos presenta, *la ambición*, como responsabilidad, y competencia. *"El afán de poder",* como líderes para el bien de todos. *"La falta de honradez",* como ingenio. *"El libertinaje",* como libertad. Y un largo etcétera. Y así, decimos, por ejemplo: somos dueños de nosotros mismos; yo con mi cuerpo hago lo que quiero. Es entonces cuando el diablo hace lo que quiere de nosotros.

-8-

EL MAYOR SIGNO DE LOS TIEMPOS

Jesús, en tu tiempo no había satélites, ni televisión, ni hombres, ni mujeres, ni tantos maravillosos medios que nos informaran sobre el estado del tiempo, si va a llover, si va a nevar, o no. La gente barruntaba el tiempo mirando al horizonte. Hoy, a diferencia de los antiguos, si queremos saber si va a llover, o no, en vez de mirar al cielo o al horizonte, miramos el parte meteorológico; y el "hombre" o "la mujer del tiempo", nos informan en la tele, y lo hacen con un alto grado de acierto. Tú, Jesús, aludes a esto en Lucas 12, 54-56, cuando echas en cara a los fariseos que, sabiendo interpretar el estado meteorológico del tiempo, no saben interpretar el tiempo real en que viven. Es decir, los signos de los tiempos.

Los *"Signos de los tiempos",* esa expresión tan socorrida por el Papa san Juan XXIII. También por el Concilio Vaticano II, que él mismo promovió y convocó. El mismo Concilio en los decretos sobre la Iglesia, sobre la liturgia, sobre la relación con el mundo actual, hace hincapié en el tema. Predominaba en los obispos reunidos en el Concilio la convicción de que la salvación a la que nos convoca Dios a todos, nos lleva a un dinamismo necesario para construir la historia. Si hay algo realmente dinámico, es precisamente la Historia. Con mayúscula. La Historia, tomada naturalmente en el sentido de vida. Pues la vida es dinámica; se desarrolla y crece. Lo mismo que pasa con un árbol, por poner un ejemplo, sucede con la vida en general. Las hojas nacen, van creciendo en las ramas, hasta que terminan su ciclo y caen. Es decir, lo que ayer valía, puede que hoy ya no valga. Pero la Vida sigue en pie.

El Vaticano II lo tuvo muy claro. Sabía que aquello que ayer era actual, podía no serlo hoy. Lo cual, aplicado a la Iglesia, tiene una fuerza y exigencia vital. Porque resulta que en la Historia de la Iglesia se plasma la Historia bíblica: los fariseos, lo mismo que nosotros, leían a los profetas, pero no comprendían, o no comprendemos, que lo que los profetas habían preanunciado estaba sucediendo ya. Y se lo echas en cara. No entendían la importancia de los tiempos nuevos. No supieron interpretar los signos del tiempo de Dios. No captaron que había que actualizarse.

La Iglesia sabe que no puede caer en el mismo error de los fariseos. Y se puso a estudiar su pasado, para poder comprender su presente, sabiendo que es preciso respetar su tradición, rica de la presencia de Dios, pero sin interrumpir la ineludible relación con el presente. Y con toda la problemática que conlleva. Este fue el cometido del Concilio. Dios habló, habla y seguirá hablando, a los hombres y mujeres de todos los tiempos. Por consiguiente, también hoy. Porque Dios tiene también su propia Historia. Siendo eterno, su Historia es de Amor. Y así, de pronto, Dios se metió, y metido sigue, en la historia del ser humano haciéndose hombre en ti, para conducirnos a la salvación. Eres tú, Jesús, quien conduce la Historia de la Salvación. Esta es para todos. Porque Dios es universal; no es patrimonio de nadie en particular. Nadie tiene la exclusiva de Dios. Ni judíos, ni cristianos, ni musulmanes. Nadie. "*Dios es Amor"* (1Jn 4,8). Nosotros, todos sin excepción, aún los no creyentes, incluso quienes rechazan a Dios, participamos de su Amor.

En el mundo actual, tan lleno de ruidos, y de voces incoherentes; tan lleno de relativismo moral, cuanto vacío de valores espirituales existe. No es fácil escuchar o distinguir la voz de Dios. Esto, la Iglesia lo sabe muy bien. Y sabe que se necesita, por consiguiente, un esfuerzo grande y continuo para atisbar los signos de los tiempos y conocer la voluntad de Dios.

Jesús, sabemos que hay tres tipos de personas particularmente sensibles para captar los signos de los tiempos: son *los pensadores*, *los poetas* y *los santos*. No importa el orden en que los coloquemos. Estos tres pertenecen al selecto grupo de la gente sensible, capaz de captar los signos de los tiempos. Naturalmente, en estos tres, espero estés de acuerdo, no entran los políticos; aunque pueda haber, y sin duda que las hay, honrosas excepciones. Metidos en el ruido y en los negocios del mundo, es difícil tener, como si se tratara de un violín, las cuerdas bien templadas, para sentir las vibraciones más sutiles y sensibles de la humanidad.

El Espíritu de Dios, tu Espíritu, Jesús, conduce la *Historia de la Salvación*, y sigue revelándose, en primer lugar, en la Iglesia. De ahí que el concilio Vaticano II intentara identificar los problemas principales del mundo actual; y haya expresado su posición diáfana al respecto en Constituciones y Decretos. Otra cosa es si el mundo, tan lleno de ruidos y voces inconexas, quiere enterarse.

Necesitamos, igual que del alimento diario, de una bien acendrada espiritualidad. Es la espiritualidad la que sensibiliza al ser humano llevándolo hacia su destino transcendente y eterno. Y la Iglesia no ha dejado de recordarlo en sus dos mil años de historia, mientras tú, Jesús, continúas realizando la Salvación, de modo muy particular, en el mundo y en la Iglesia. Por eso la Iglesia, ni tiene ni puede tener, fronteras. Es universal, no es patrimonio de nadie en particular, porque es de todos y para todos. Ella hermana a todos los seres humanos sin distinción de colores, razas, lenguas, nacionalidades, culturas, o religiones, tratando de ayudarles a conseguir la salvación que tú ofreces a todos sin excepción, porque eres el verdadero y mayor signo de los tiempos.

-9-

EL REINO DE DIOS ES VER

Jesús, el Evangelio, en Marcos 10,46-52, nos habla de un ciego. No dice cómo se llamaba. Lo llamaban Bartimeo, es decir, el hijo de Timeo. No sabemos, pues, su nombre real. Pero sí que quería ver. ¡Es tan maravillosa la vista! Me imagino el sufrimiento que debe suponer el no ver, en alguien que carece del don de la vista. Y mira por dónde, dio la casualidad, no tan casual, seguro, de que tú, Jesús, pasabas por allí. No sé qué tienes, pero siempre te haces encontradizo con la gente. Siempre buscando hacer el bien. Cuando el tal Bartimeo se entera de que eras tú el que pasaba por el camino, se pone a gritar con fuerte voz: *"Jesús, Hijo de David, ten piedad de mi"* (Mc 10,47). Te detuviste, contra viento y marea, porque la gente, comenzando por tus discípulos, cuya impresión es de que habían asumido un papel de guardaespaldas, no querían saber nada del ciego, ni de su problema. ¡Pobre! Vaya que si era serio su problema: era ciego. Lo llamaste, y se hizo el milagro.

Cabe fijarse en algunos detalles. El ciego gritaba, imploraba. Quería ver. Tú te detuviste. Mandaste llamarlo. El ciego, en cuanto supo que lo llamabas, arrojó el manto y las posibles monedas que le habrían caído como limosna. *"Saltó",* y en un santiamén fue hacia ti. No le importó que podía romperse la crisma, tropezando con cualquier piedra. Y fue hasta ti. Tomaste la iniciativa: *"¿Qué quieres que haga por ti?"*. *"Maestro, que pueda ver". "Anda, tu fe te ha curado".* (Mc 10,51-52).

Jesús, quién hubiera podido estar allí y contemplar la escena en directo. Aquel hombre, de pronto, pudo ver. Debió quedar fascinado. Contemplar de golpe cuanto le rodeaba. Ver la luz. Ver a la gente. Verte a ti. Aquel ciego, ahora ex-ciego, quedó, doblemente "iluminado", por dentro y por fuera. A buen seguro que se convirtió en un fiel seguidor tuyo, Jesús, sin necesidad de recorrer los caminos polvorientos de la Palestina. Había encontrado el Reino de Dios, que consiste en "*ver*". Ver lo que tanta gente no acierta a ver. Te había encontrado a ti.

Este episodio, más que una crónica de algo real que aconteció, es algo de acuciante actualidad. Bartimeos somos todos. Y tú, Jesús, "te manifiestas"; es decir, pasas a diario por nuestro camino. Hay quien percibe de golpe tu presencia. Seguramente porque se sabe ciego, necesitado de ti. Otros quizá nunca se enteran de su ceguera espiritual. Y el encuentro no se produce. Ni la curación, por consiguiente. No es suficiente ser "ciego", hay que estar convencido de serlo. Es entonces cuando se puede percibir tu presencia, Jesús. Tampoco hace falta que preparemos las palabras que te vamos a dirigir. Lo nuestro no es la palabra, sino el grito apremiante de una esperanza sin final. Tú eres quien entabla el diálogo desde tu misericordia infinita. El resultado, a la vista está: el ciego recobró la vista, por fuera y por dentro.

Y esto aconteció, acontece, "a lo largo del *camino*". Todo un símbolo. Tú dijiste: *"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida"* (Jn 14,6). En la Iglesia primitiva, *"el Camino"* designaba al cristianismo. Es verdad podríamos decir, metafóricamente hablando, que el ciego no estaba en el Camino, sino al margen de la religión y de la vida. O eso nos parece. Tú sí estabas. Siempre estás. Por eso, querido Jesús, que la curación de Bartimeo es más que la historia de un ciego. Puede ser la historia de todos nosotros, hombres y mujeres. Es la historia del camino de la FE, de los que queremos ver y seguirte.

Ahora bien, me pregunto, ¿qué hizo el ciego? Ante todo, estar atento a tu paso. Tomar conciencia de su situación, y decidir salir de ella. Que es lo mismo que superar el miedo, la vergüenza, y comenzar a gritar, pedir ayuda. No se desanimó ante las contrariedades. Buscaba la luz y la encontró. Arrojó lejos el manto con que se cubría, y en el que recogía las limosnas. Seguramente todo lo que tenía.

También me pregunto: ¿Con qué personas se encontró? Ya ves, Jesús, los unos, que le impiden llegar a ti, ¿por qué?, porque gritaba, porque molesta. Pero su grito era un grito de fe y esperanza. Los otros, siempre hay gente buena, los que le ayudan: *"Ánimo, levántate, que TE LLAMA..."* (Mc 10,49). Y sigues llamando, Jesús, porque sigues escuchando el grito dolorido de cuantos se sienten descolocados en la vida de tu Reino que consiste en ver.

Como recoge el Evangelio: *"El reino de Dios está cerca, convertíos y creed la Buena Noticia"* (Mc 1,15; Mt 4,17). Convertíos. Es también tu grito apremiante para que despierten nuestras conciencias dormidas. Convertirse es volver, es girar, es desandar el camino. Es, hay que decirlo abiertamente, complicarse la vida, ir contra corriente. Porque convertirse es "ver".

-10-
EL SAQUE DE HONOR

Jesús, aquel día andabas enseñando en el templo. Y, como siempre, los escribas andaban fiscalizándolo todo. Te tenían ganas. Como siempre, buscaban pretextos para acusarte. ¿De qué? De lo que fueran. Te tenían manía. Y en esto, con gran estrépito, se te acercan trayendo a una pobre mujer sorprendida en el pecado de adulterio. Sorprendida. Pillada. No era *sospechosa* de adulterio, no, sino que *la pescaron in fraganti*. A ella sí, ¿y al adúltero no? Porque para que haya adulterio hacen falta dos. Entonces, ¿por qué no trajeron también al cómplice? ¿Logró escapar? Tal vez. ¿O no sería más bien porque en una sociedad hipócrita y machista, el fiel de la balanza se inclinaba siempre del mismo lado?

Te argumentaron: *"Según la ley de Moisés tales personas deben ser apedreadas. Y tú, ¿qué dices?".* (Jn 8,5). Debieron quedar un tanto desconcertados cuando les viniste a dar a entender que, puesto que Moisés lo dice, pues que por ti no había inconveniente en apedrearla. Que estabas de acuerdo con Moisés… ¡Qué sorpresa! ¡Qué extraño! ¿No es éste el que anda siempre defendiendo las causas perdidas?, debieron pensar. Esperaban, sin duda, y en consecuencia que te opusieras rotundamente al apedreamiento. Con lo cual, te oponías a Moisés; estabas contra la ley. Y cometías delito. Podían llevarte a juicio de inmediato.

Se equivocaron, los muy pardillos. Resulta que, tú también "estabas de acuerdo", ¡vaya por Dios!; de acuerdo entre comillas. No se lo esperaban. Y es, precisamente en este momento, cuando tomas la sartén por el mango. Te levantas, puesto que, como quien no hace nada, y dando tiempo a que desembucharan todo el rollo que traían, andabas haciendo no sé qué garabatos en el suelo, y les sueltas a bocajarro: *El saque de honor*, es decir, *la primera piedra*, va a lanzarla aquel de vosotros que esté sin pecado. ¡¿Qué…?! Vaya gol que les metiste!. Los pillaste totalmente desprevenidos. Les salió el tiro por la culata, como se dice vulgarmente. *"El que esté sin pecado, que tire la primera piedra"* (Jn 8,7). Se acabó lo que se daba. Ahí terminó el sainete.

Te habían puesto en una situación embarazosa. Así debieron pensar. *"Maestro, ¿qué vamos a hacer de esta mujer, perdonarla o apedrearla, como manda nuestra ley?* ¡La ley…! La ley inmisericorde, la única que ellos saben aplicar.

Escribas y fariseos, de ayer y de hoy, buscaban una oportunidad para probar tu fidelidad, o no, a las exigencias de la Ley. Salieron trasquilados. Pero para ti, Jesús, fue una excelente oportunidad para revelar la actitud de Dios frente al pecado y frente al pecador. No podías aceptar una ley que en nombre de Dios, a saber de qué dios, engendra muerte. *"Dios no es Dios de muertos sino de vivos"* (Mc 12,27). Y les lanzaste un dardo muy acerado: *"El que esté sin pecado, que tire la primera piedra".*

Lección para ellos, y lección para nosotros. Cuántas veces nos contentamos con ser *"cumplidores"* de la ley, olvidándonos de que las leyes están al servicio del hombre, y no al revés. Y que el pecador, por pecador que sea, sigue siendo hijo de Dios, amado de Dios, y sujeto de salvación. A la mujer le dijiste: *"Mujer, ¿dónde están tus acusadores?, ¿ninguno te ha condenado?. Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más..."*. Abriste para ella un camino nuevo de libertad y de salvación.

En el Sacramento de la *Reconciliación,* continúas diciéndonos: *"Tus pecados quedan perdonados. Vete en paz y no peques más..."*. Eso, no peques más. Porque el pecado ofende a Dios, ofende a la comunidad y ofende a la propia dignidad personal.

Dios no cambia, sigue siendo el mismo, el Dios misericordioso; no el Dios justiciero, o vengativo, que presenta el Antiguo Testamento, sino el Dios Padre que tú, Jesús, nos has mostrado. Dios es Amor.

Así que, entonces, como hoy, nadie podemos hacer *el saque de honor,* lanzando la primera piedra. Bueno, ni la primera ni la última. Todos somos pecadores, por eso, Jesús, sigues invitándonos a que cambiemos. Estamos urgidos de conversión, porque también hoy la intransigencia, la violencia, la hipocresía, está hablando más fuerte que el amor. Se mata, se oprime, se esclaviza en nombre de Dios, ¿de qué dios?, con minúscula. Del verdadero, no.

-11-
EL SEMBRADOR

Jesús, ¿qué te parece? Releyendo la Parábola del Sembrador (Mt 13,1-23), se me han ocurrido tres cosas. La primera, que es una parábola muy poética; la segunda, que es muy real; la tercera y más importante, que se trata de un serio examen de conciencia. Te cuento.

¿Cómo no recordar aquellos años idos, de la infancia, cuando las faenas agrícolas se parecían a las de tu tiempo? Era yo muy niño. Apenas comenzaban a hacer acto de presencia las máquinas sembradoras. Los sembradores se echaban al hombro una especie de alforja, llena de trigo y lo esparcían a voleo, con la mano. ¡Oh tiempos idílicos, al menos para la mente de un niño. Es la parte poética, podríamos decir, que empalma con la segunda parte: la realidad. Está en primer lugar la tierra, donde se siembra. Tú, Jesús, distingues distintas calidades de tierra en la misma pieza. Nos dices también que a la vera de la finca hay un camino. Y que a los lados hay piedras amontonadas; y maleza. Normal.

Luego describes, tan gráficamente, que parece que uno lo estuviera viendo en directo: *"El Sembrador salió a sembrar... la simiente*". Normal. Pero viene el detalle: *"Parte cayó en el camino..., los pájaros vinieron y la comieron..."*. ¡Vaya, cómo disfrutarían! Si lo dices en otra parábola, que el Padre celestial los alimenta... Y, claro, junto al camino, el pedregal, las zarzas... También allí fue a parar algo de la semilla. Pero, *"brotó y luego se secó"*. Y a continuación, la parte positiva: la tierra buena que produjo el treinta, el sesenta o el ciento por uno. Ésta sería la tercera cosa que se me ocurre. Es decir, que se trata de un serio examen de conciencia.

Efectivamente, Jesús. Partiendo de que tú eres el sembrador, la conclusión es que la tierra somos nosotros. Eso en el mejor de los casos. Porque está el camino. No es lugar de siembra. Nadie quiere ser camino, donde la semilla es pisoteada. Están las piedras y la maleza, donde la semilla, aunque germina, no puede dar cosecha. Entonces, y con alegre optimismo, hay que concluir que la buena tierra somos nosotros. Pero, y éste es el detalle para el examen de conciencia: no toda la tierra produce lo mismo. Me pregunto: ¿por qué? Me puedes decir que cada uno somos diferentes. En otra ocasión hablaste de los talentos: unos han recibido más, otros menos. Lo que, aplicado a la tierra, es lo mismo. Pero el asunto va más allá. Si yo puedo producir el ochenta por ciento, pongamos por caso, no puede contentarme con producir el cincuenta por ciento. Es decir, la conclusión, tras el examen de conciencia, es que he claudicado. ¿En qué? En el amor. Toda claudicación es claudicación en el amor.

De otro lado, me figuro, Jesús, que con esta parábola quisiste también salir al paso de aquellos que tal vez encontraban dificultades para seguirte. Eso entre los que te veían con simpatía. Porque los que definitivamente te rechazaban eran camino. Pura esterilidad, a todos los niveles. Otros oscilarían entre ser tierra entre zarzas o tierra buena.

Jesús, otro punto de reflexión es la simiente misma. Siendo tú el Sembrador, has elegido simiente de la mejor calidad. Y siembras a voleo; sobre buenos y malos. No rechazas, ni a los constituidos en camino, ni a los del borde del camino. Si dejamos de lado el camino, por imposible, y nos fijamos en el resto del terreno, para seguir el examen de conciencia que sugiere esta parábola, vemos que en el mundo hay pecadores empedernidos. Abundan las personas superficiales. Otras gentes viven inmersas en las preocupaciones del mundo. ¡Qué difícil es que la simiente pueda germinar en su corazón. El materialismo nos envuelve. La riqueza nos sofoca. La hipocresía nos hace ser mentirosos y tramposos. El poder nos convierte en ídolos con pies de barro. Y nuestra religiosidad, a veces, no pasa de ser puro maquillaje.

Ante todo esto, lo negativo, hay que decir, con sinceridad y arrepentimiento: ¡A mí me pesa, pésame, Señor…!

Menos mal, Jesús, que hay también mucha gente de buen corazón, abierto y disponible, donde tu Palabra es acogida y da mucho fruto. En fin, y para terminar este coloquio. Creo que, además de ser la tierra donde tú siembras tu Palabra, tu semilla, somos también a la par tuya, sembradores. Porque tú nos quieres sembradores. Para eso nos has dicho que vayamos por el mundo entero a proclamar la Buena Nueva del Evangelio. Es importante, en consecuencia, la pregunta: ¿Qué tipo de sembradores somos nosotros?

Y la conclusión que se me ocurre, querido Jesús, es que debemos ser sembradores de esperanza. Si el sembrador no tuviera esperanza de cosechar, no saldría a sembrar. El mejor ejemplo de gente con esperanza son los labradores. Ellos trabajan la tierra, la preparan, y la siembran. Y tú, Jesús, eres el Sembrador.

-12-
EN BUSCA DE DIOS

Jesús, hoy mucha gente no cree en Dios. Otros preguntan: *¿quién es Dios?* A quienes lo niegan, ¿qué se les puede decir? Seguramente nada. La opción que cada quién toma es responsabilidad personal. Cada quién responde de sus actos, de su vida. Pero a quienes preguntan con honestidad *¿quién es Dios?,* es difícil responder. Ya el apóstol Juan se adelantaba a la posible respuesta cuando afirmó: *"Nadie ha visto jamás a Dios"* (Jn 1,18). Difícil definir a alguien que no se conoce. Sin embargo, como queriendo de algún modo dar respuesta dice: *"Dios es amor"* (1Jn 4,8). Es una definición imperfecta, pero lo más aproximada. Porque Dios no cabe en una definición. Está por encima de toda definición.

Hay muchas cosas que no caben en una definición, no sólo Dios. Tampoco la Vida cabe en una definición. Refiriéndonos a Dios, lo único que podemos decir con humildad es que lo Inefable nos desborda. Ahora bien, que no podamos definir a Dios no significa que no podamos llegar a Él. A Dios se llega desde el corazón, desde el amor, más que desde la mente. Y sobre todo se llega desde ti, Jesús, porque tú eres el rostro vivo de Dios. Más; tú eres Dios. El Dios hecho Hombre. Tú eres *"el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí"* (Jn 14,6). Desde ti, sí podemos saber quién es Dios.

Tú, Jesús, nos fuiste haciendo la revelación progresiva de Dios. Nos hiciste cercano, comprensible y presente, el misterio de Dios. Nos hablaste del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Es decir, nos has manifestado la realidad de Dios. Realidad que, no obstante, sigue siendo incomprensible, por inabarcable, desde y por nuestra capacidad limitada de entender.

Me surge la pregunta: ¿Qué imagen tenemos de este Misterio, que no tiene Nombre, y que llamamos Dios? Y la referencia obligada, una vez más y siempre, eres tú. Sin ti, Jesús, seguiríamos hablando de un Dios lejano e impersonal, y que, por último, se diluye en la nada.

Tú, Jesús, nos has hecho a Dios un Dios cercano, que da sentido a nuestra vida. Así que, aunque no podamos entender racionalmente el Misterio de Dios en sí mismo, sí podemos captar que Dios no es un Dios lejano, ni ausente; sino el fundamento de nuestra esperanza, la fuerza de nuestro caminar por la vida. Una vida, la presente, que sentimos corta, muy breve, sí, pero que tiene un sentido, una dirección, una proyección, y una razón de ser, en sí misma, desde el Misterio cercano y envolvente de Dios.

Pero hay más. No sólo nos has acercado a Dios. Nos has dicho que somos hijos de Dios. Esta es nuestra grandeza y dignidad. *"Somos hijos de Dios, por tanto herederos también, y coherederos con Cristo"* (Rom 8,17). Ahora bien, el ser hijos de Dios no depende de nosotros. Es fruto, únicamente, del amor que Dios nos tiene. Dios actúa dinámicamente en nuestra vida. De esta manera, el cristiano está llamado a ser santo, testigo de la experiencia profunda, gozosa y maravillosa, del Dios posesionado de nosotros.

-13-
ESCOLLOS Y DIVISIÓN

Jesús, un punto candente que tenemos los cristianos es la división existente entre los diversos grupos cristianos. Cierto es que, sobre todo desde Juan XXIII, y mucho antes, se han hecho, y se siguen haciendo, grandes esfuerzos, y también está habiendo avances en pro de la unidad. Ahora bien, conviene distinguir entre *unidad* y *uniformidad*. Buscar la uniformidad, es absurdo, no estamos clonados. Nunca la lograremos, ni falta que hace. La diversidad es riqueza. En cambio, la unidad es muy necesaria; sobre todo en lo fundamental. Y ese es el camino que recorre el ecumenismo.

La historia del cristianismo ha conocido muchas rupturas. Desde los comienzos. Ha habido rupturas de pensamiento, de interpretación de la doctrina, de ideas, etc. Y ruptura del dogma. Todo ello ha golpeado con fuerza el sentido de la unidad de los cristianos. En tiempo de los apóstoles, surge la primera discrepancia: los judaizantes. Da lugar al primer Concilio de la Iglesia, el de Jerusalén. El problema se soluciona. Viene luego una serie interminable de herejías.

Pero hay varios momentos muy señalados en la ruptura de los cristianos: En primer lugar, el Cisma de Oriente en el siglo XI, con Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla (1043-1059). Al no aceptar la primacía de Roma, fue excomulgado por los legados de León X el 16 de julio de 1054. En un sínodo que él mismo convocó, anatematizó la bula pontificia. Y el cisma, que ya venía de atrás, se consumó el 25 de julio de 1054, dando origen a la Iglesia ortodoxa. El Concilio Vaticano II le levantó la excomunión.

En segundo lugar, el Cisma de Occidente. Tuvo lugar en 1.378, durante los la Guerra de los Cien Años. A la muerte del Papa Gregorio XI son elegidos para sucederle, no uno, sino dos pontífices: Urbano VI en Roma y Clemente VII en Aviñón. Durante 36 años, la Iglesia estuvo dividida en facciones seguidoras de dos y hasta de tres papas. El Concilio de Constanza, en 1.414, pone fin al Cisma depositando la tiara papal sobre Martín V.

En el siglo XVI, con Martín Lutero, en Alemania (1517) tiene lugar la peor de las rupturas dentro del cristianismo. Es la llegada del protestantismo. Sin olvidar a Enrique VIII en Inglaterra (1539), que dio lugar a la Iglesia anglicana. Lutero hace su ruptura oficial con la Iglesia en 1520, cuando desarrolla sus teorías reformistas. El papa León X le condena y excomulga como hereje mediante una bula que Lutero quemó públicamente. Carlos V lo declara proscrito tras escuchar sus razones en la Dieta de Worms (Alemania), en 1521.

Mientras tanto, Lutero permaneció escondido bajo la protección de Federico III de Sajonia. Pero el mal estaba hecho. Sus ideas no quedaron en el ámbito de la teología y de la Iglesia. Pasaron al campo político y civil. Lo que fue aprovechado por algunos príncipes deseosos de afirmar su independencia frente al Papa de Roma y frente al emperador.

Lutero, con todos los apoyos recibidos, se convierte en dirigente del movimiento protestante, conocido como La Reforma. Movimiento que, lejos de guardar una unidad, se fracciona en distintos grupos o iglesias, dando lugar a las sectas protestantes. Así las cosas, y aunque visto todo a vuelo de pájaro, es claro que hoy, a pesar del gran esfuerzo ecuménico que se lleva a cabo entre las distintas Iglesias, resulta imposible unir lo roto. El jarrón de la unidad se hizo trizas. Imposible volverlo a su estado primigenio. En cambio sí se puede lograr, al menos, un mínimo de unidad dentro de la pluralidad. Arreglar lo roto es imposible, pero juntar los trozos rotos y juntarlos, como restos arqueológicos que se exponen en un museo, sí es posible.

Para conseguir la unidad convendremos, Jesús, en que hace falta conversión. Todos cuantos creemos en ti, Jesús, tenemos que estar bajo el gran signo de la unidad. Por esa unidad, aunque en una escala muy diferente, luchó san Pablo en Corinto. San Pablo descubre una situación poco ejemplar en la primitiva comunidad de Corinto. No era una comunidad de perfectos e impecables. Una comunidad perfecta, no existe. Pero la fuerza del Espíritu que es más grande que nuestra debilidad, hace posible ponerse de acuerdo y que no anden divididos, sino unidos en un mismo pensar y sentir. Pablo les dice que tú, Jesús, no puedes estar dividido. Y apela a la necesidad de conversión. La unidad se produce cuando previamente hay una actitud de conversión. Ahora bien, la conversión se realiza cuando nos encontramos contigo, Jesús.

Si la unidad la aplicamos a nivel ecuménico, tenemos lo siguiente: el antitestimonio que ofrecemos al mundo los que nos decimos creyentes en ti, Jesús, al estar divididos en diversas confesiones cristianas, da la impresión, y es la realidad, de estar encerrados en nosotros mismos. Tú nos quieres abiertos, acogedores, fraternos. Por eso rezaste al Padre: *"Que todos sean uno, como nosotros somos Uno, para que el mundo crea que tú me has enviado"* (Jn 17,21).

Pero, mira, poco a poco, vamos madurando, y al hacer una revisión histórica y doctrinal, vemos que cada día se hace en un clima más fraterno y ecuménico. Es natural. Hay muchos puntos comunes de unión, porque es mucho más lo que nos une que lo que nos divide, como bien decía Juan XXIII. Por otro lado, el autor de la carta a los Efesios expresa: *"Un solo Señor y un solo Espíritu, como una sola es la meta de la esperanza en la vocación a la que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos"* (Ef 4,4s).

Cabe preguntarse, ¿y cuáles son los puntos básicos de unidad? Entiendo que fundamentalmente son tres:
-Fe en un solo Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro.
-Fe en Jesucristo, hijo de Dios y Redentor de la Humanidad.
-Fe en el Espíritu Santo que santifica y guía la Iglesia.

Alimentados, básicamente, por la Palabra de Dios, la Biblia, es fácil llegar a la unidad. El problema está en los Sacramentos. Con la Iglesia ortodoxa no hay problema. Y tampoco sería problema con la Iglesia anglicana. El problema está, hoy por hoy insalvable, con determinadas

Iglesias protestantes. Dejemos de lado el tema de las sectas. Ese es punto aparte, ya que yendo por libres, es difícil que se avengan a un diálogo ecuménico. En cambio, en cuanto a ortodoxos, católicos y protestantes, siendo más lo que nos une que lo que nos separa, como apuntaba *"el papa bueno"* san Juan XXIII, es cuestión de seguir creciendo en la unidad desde la diversidad.

-14-
ESTAR EN LA HIGUERA

Jesús: Varias veces aludes en el Evangelio a un árbol, muy común en tu tierra: la *higuera*. Y con esta alusión a la higuera nos dices cosas estupendas. Bien sabes que no es lo mismo *"estar en la higuera",* o sea, andar despistado, que *"estar bajo la higuera",* tomando la sombra, o quizá más acertadamente diríamos, rebuscando higos. Tan sabrosos como son. En esta ocasión, empleas el símil de la higuera para hablarnos de *conversión*.

Bien. Lo cuenta san Lucas (Lc 13,1-9). Y es que, tú, Jesús, como siempre, vas por lo derecho. Porque nuestra tendencia habitual, cuando algo sale mal, suele ser echar la culpa a los demás. Siempre, oh casualidad, los malos, son los otros. Los culpables, son los otros. Y si algo malo les acontece, hasta nos atrevemos a decir: *"Por algo será".* O bien, *"castigo de Dios".* Y de esta manera metemos a Dios donde no debemos. Y nos equivocamos de parte a parte, igual que los judíos de que habla este pasaje del Evangelio.

Es lo que les dejaste bien claro, convencidos como estaban de que aquellos dos acontecimientos trágicos acontecidos por aquellos días, la matanza que hizo Pilatos, y la caída de la torre de Siloé, donde hubo 18 muertos, les había sucedido porque eran malos. Tú les hiciste ver, en primer lugar, que no estás de acuerdo, para nada, que las desgracias sean una señal de castigo de Dios. Antes por lo contrario, esos hechos son una llamada a la conversión: *"¿Pensáis que estos galileos eran más pecadores que los demás galileos?".* Y es entonces cuando acudes al símil de la higuera. Pero muy intencionadamente matizas que es una higuera estéril. Dicha esterilidad la aplicas a la resistencia de Israel a la conversión; a la bondad, y a la paciencia de Dios, siempre dispuesto a esperar: *"Señor, déjala todavía este año. Yo cavaré alrededor y le echaré abono, a ver si da fruto...".* Y añades: *"Si no os convertís, todos moriréis de la misma manera...".* Pero la espera no es indefinida. ¿Por qué? Porque cuando no hay voluntad de conversión se produce la esterilidad. Y ésta no da frutos. Ahí no hay más que hacer.

Jesús, la higuera es una metáfora aplicable a nosotros, porque tú no hablabas sólo para la gente de tu tiempo. Entonces, me pregunto, personalizándola: ¿Quién es esa higuera? La respuesta es obvia: Soy yo, somos todos nosotros, nuestra familia, la Iglesia, la sociedad. Porque, dicho sin paliativos, hay cristianos que hemos sido educados en la fe del evangelio. Hemos recibido de nuestros padres una buena educación en la fe. Y, sin embargo, ¿dónde están los frutos? También es preocupante que haya grupos de cristianos, de movimientos y comunidades de Iglesia, muy mimados con celebraciones, misas especiales, encuentros multitudinarios… ¿Y los frutos? ¡Ay, Jesús, con lo ricos que son los higos! Pero de otra higuera.

-15-
EUCARISTÍA Y RESURRECCIÓN

Jesús, quisiste instituir y quedarte en la Eucaristía como eje central de la Comunidad. Sin Eucaristía no hay Comunidad cristiana. La Eucaristía constituye el centro de la Comunidad creyente. Tú prometiste tu presencia permanente en medio de nosotros. Es verdad que de muchas maneras te haces presente en cada uno de nosotros. Pero en la Eucaristía te haces Pan de Vida para toda la Comunidad cristiana.

Y es que, la Comunidad cristiana se forma a partir de tu Resurrección; si bien toma carta de identidad a partir de Pentecostés, con la venida del Espíritu Santo. Porque la Eucaristía es celebrar tu Resurrección. Gozosamente. Y con la sorpresa refrescante de un amor vivificador, como le ocurrió a María Magdalena al encontrarse contigo en la mañana de la Resurrección. O con el fuego florecido en fe, de los discípulos de Emaús. Y con el ánimo renovado y fortalecido de los demás discípulos tras tu aparición en medio de ellos.

Jesús, tu presencia, ya resucitado, en medio de los tuyos, no fue un sueño, o imaginación de los discípulos, alertada por el deseo anhelante de seguir a tu lado. Tu presencia fue real, gozosa, y trasformadora. Y así sigue siendo, y para siempre será. Cuantos se encuentran contigo, Jesús, su vida cambia. Tu presencia comunica vida. Tu vida. La misma que entregaste en la cruz por nuestra salvación. Qué bien captaron esto los cristianos desde el principio. Y qué bien puntualiza el Evangelio que entendieron esto "a partir de la Resurrección". *"Todavía no habían comprendido que, según la Escritura, él debía resucitar de entre los muertos"* (Jn, 20,9).

Las primeras Comunidades cristianas sabían perfectamente que no es suficiente creer en lo que dicen las Escrituras. Que es necesario ponerlo en práctica. Y así, los cristianos comprendieron la necesidad de vivir la fe en, y como, Comunidad. Y supieron que la Comunidad se construye desde ti, Jesús, cuya presencia está garantizada en la Eucaristía. Y supieron también que el punto de encuentro contigo Resucitado es la Eucaristía. De modo que la Eucaristía es Sacramento de Resurrección.

Ahora bien, la Iglesia sabe perfectamente que es una Comunidad formada, no por gente santa y maravillosa, sino por pecadores. Elegiste a los apóstoles no por ser personas mejores ni peores que los demás; sino por ser gente normal y corriente. Que es nuestro modo de ser. Pero la gente normal y corriente, tenemos la conciencia clara de nuestra condición de pecadores; pecadores, sí, pero en camino de salvación. De ahí que, y como, la definió el Concilio Vaticano II, la Iglesia es *"Sacramento de Salvación"* (LG 1,2; 48,2; 59,1; GS 45,1; AG 1,1; 5,1).

Es ésta una clave preciosa para entender la realidad de la Iglesia. Que la Iglesia se sabe pecadora. Quien se siente lleno de todo, que nada le falta, no acudirá a nadie. ¿Para qué? En cambio, quien se siente pobre, necesitado, indigente, acude, ¿a quién? A quien ha venido a echarnos una mano, para que superemos nuestras dificultades. En definitiva, a salvarnos. De

ahí que la Eucaristía, es decir, tu presencia misteriosa y desbordante de amor, sea sacramento de gratitud, de amor y de perdón. En definitiva, signo de fraternidad.

En realidad, Jesús, cuando nos acercamos a la Eucaristía, recibimos el abrazo de tu misericordia, ternura y perdón. La Eucaristía es al mismo tiempo sacramento de unidad, centro de la Comunidad. Tú, Jesús, eres el centro. Lo expresó muy bien San Pablo: *"Formamos un solo cuerpo los que comemos un mismo pan"* (1Cor 10,16-17). Con lo cual, quienes participan en la Eucaristía, no lo hacen única y exclusivamente a nivel individual. Lo hacen como miembros de tu Cuerpo total, que es la Iglesia, cuya Cabeza eres tú.

Es verdad, por otra parte, que, incluso dentro de los cristianos, hay tensiones, divisiones. Somos humanos. Pero también es verdad, y bien lo sabemos, que por encima de nuestras divisiones estás tú, Jesús. La fuerza de nuestra unión como cristianos eres tú. Estamos llamados a ser señal inequívoca de tu presencia en medio de nuestro mundo, por ser la Eucaristía el sentido pleno de tu Resurrección, y la fuente perenne de Vida.

Dijiste: *"Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo. El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él. El que come de este Pan, vivirá para siempre".* (ver Jn 6,51-58). *"Esto es mi Cuerpo que es entregado por vosotros, haced esto en memoria mía".* (Lc 22,19). Y te quedaste con nosotros.

-16-
ÍDOLOS Y LIBERTAD

Jesús, igual que un centinela, nuestra libertad siempre permanece en pie. Nuestra libertad, con lo que tiene de sublime y de dramático. Junto a ella, en pie siguen también los falsos dioses, los ídolos cotidianos, y su tiranía inexorable. Los ídolos, casi sin que nos demos cuenta, nos alejan del verdadero Dios. Nos presentan quimeras, revestidas de falsas necesidades y apetencias, como pueden ser el confort desmedido, el hedonismo egoísta, el apego irracional al dinero, etc. El paulatino descenso del número de los creyentes en el Dios verdadero, va en proporción directa al aumento de los que creen en los falsos dioses, o ídolos, como algunos de los enumerados. Lo curioso es que el ser humano no puede vivir sin Dios, o a falta de él, de los sucedáneos correspondientes.

En definitiva, Jesús, el ser humano, o bien opta por el verdadero Dios, o bien tiene que elegir entre el número ingente de los sucedáneos de conveniencia: poder, dinero, producción, consumo, culto al cuerpo y a la belleza física, como sublimación del mito de la eterna juventud, o el placer, como aspiración prioritaria, manifestado en el sexo, el erotismo, las drogas...

Ahora bien, la libertad, también necesita aprendizaje. Cuando san Pablo preguntó a un grupo de personas que estaban siendo evangelizadas, si habían recibido el Espíritu Santo, respondieron: *"No hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo"* (Hch 19,2). Sin duda que aquella gente tenía una excusa razonable. Era los comienzos de la evangelización; era pues razonable su desconocimiento. El desconocimiento tiene sus causas: Falta de formación y catequesis, inexperiencia vivencial de la presencia y acción de Dios, abuso de las supuestas aplicaciones de una eficacia mecánica de los sacramentos -los sacramentos no son mágicos-, o el no entender los símbolos que acompañan. Lo que se llama el lenguaje de los signos, que muchas veces es el lenguaje de Dios, expresado constantemente en la Biblia, como viento, fuego, agua viva, defensor o abogado, etc.

Dios actúa constantemente en la Creación y en el ser humano. La actuación de Dios la entendemos mejor como *don*, como regalo. Por ejemplo: el don de sabiduría, de inteligencia, de consejo, de fortaleza, de ciencia, de piedad, de temor de Dios, etc. Los dones o regalos que Dios nos hace son infinitos. Y esta actuación de Dios produce abundantes frutos, como son el Amor, la Alegría, la Paz, la Comprensión, la Servicialidad, la Bondad, la Lealtad, la Amabilidad, el dominio de sí, etc. Y Dios sigue actuando en nosotros. Sigue amándonos.

No cabe duda, Jesús, de que la manida expresión *"Es la Hora de Dios",* es real, y de acuciante actualidad. El Espíritu de Dios sigue actuando en nosotros, todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, porque Dios es inmensidad de amor. Y de la idea o imagen que se tenga de Dios dependerá el comportamiento o desenvolvimiento de la vida en cada quién. Si, por ejemplo, pensamos en un Dios que está en la estratosfera, o sea, lejano, fácilmente nos desentenderemos de él, no interesará. Si pensamos en un Dios omnipotente, posiblemente nuestra relación con Él será fría, distante o, simplemente, aseada y educada. Si por el

contrario, pensamos en un Dios que es Amor, nuestra relación será cercana, confiada, filial, cálida; en una palabra, de Amor. Porque *Dios es Amor* (1Jn 4,8).

Ahora bien, querer acercarse a Dios con la cabeza, creo que es perder el tiempo. A Dios se le entiende desde el corazón, por ser Amor. Sobran, por consiguiente, los esquemas intelectuales. Son mejor las razones del corazón. Siempre son más certeras. Por eso, Jesús, cuando nos acercamos a Dios con el corazón, con amor, estamos dando pasos agigantados hacia el Dios gozosamente adorado y vivido. Y es cuando estamos empleando sabiamente nuestra libertad.

Los humanos nos empeñamos en implantar leyes y más leyes. Llenamos la vida de leyes. Igual que podríamos llenar un pizarrón de números. Pura aritmética. Pero los números, como las leyes, carecen de corazón. Lo que hacen muchas veces es delatar nuestros complejos de inferioridad, sublimados por la paranoia del poder o la prepotencia. El poder se sostiene en la ley. Pero la vida es cuestión de amor. La vida se sostiene en el amor. Y la libertad está bien utilizada cuando se escora hacia el amor.

-17-
JESÚS EL AMIGO DE VERDAD

Jesús, posiblemente el rasgo que más acentúa el Evangelio de tu persona y personalidad es la Misericordia, la cual adquiere cuotas muy altas de ternura cuando te presentas como el Buen Pastor, solícito siempre de las ovejas, que las conduces a idílicas praderas donde están los mejores pastos. Pero hoy quiero fijarme en un detalle que me resulta conmovedor. Resulta que los apóstoles han estado misionando, les ha ido todo muy bien, porque vienen muy felices, cansados, sí, pero muy felices. Y comienzan a contarte sus hazañas, sus experiencias, sus vivencias. Están que no caben de gozo. Y tú les dices: *"Vamos a un lugar tranquilo para descansar un poco"* (Mc 6,30). Bonito el detalle. Demuestras que no eres el jefe que pide cuentas de la gestión de sus subordinados; sino el amigo, más, el padre lleno de ternura que lo primero que hace es preocuparse de que sus hijos disfruten, estén felices y contentos. Y se tomen un merecido descanso. Eso se llama ternura, delicadeza, misericordia, en una palabra.

Efectivamente, actúas con la misericordia y solicitud de un Pastor, porque en el gesto de acoger a los discípulos estás acogiendo a todos y cada uno de nosotros que, a fin de cuentas, siendo ovejas de tu rebaño somos también discípulos tuyos. Qué bonito tuvo que ser, tras la "experiencia pastoral" de los Apóstoles, veros reunidos como un grupo de amigos entrañables y sinceros. Como ovejas alrededor del Pastor, siguiendo el símil evangélico. Hay alegría, hay paz, hay un ambiente extraordinario cundo, a su vez, te transmiten con alegría y entusiasmo las maravillas que han realizado y han visto. Con qué atención les escuchas. Lo mismo que un padre escucha a su hijo pequeño relatar su experiencia en su primer día de escuela, los amigos que ha hecho, etc. Feliz el niño, feliz el padre. Y aquí, diremos, feliz el Pastor, felices las ovejas.

Ahora bien, entiendo, Jesús, que quieres que graben bien en sus mentes esta experiencia, y que la interioricen. En el apostolado tendrán días buenos, y habrá días grises, difíciles. No todo será miel sobre hojuelas. También experimentarán persecuciones, cárceles, azotes. Aunque, valientemente, también dirán con Pedro: *"Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres"* (Hch 5,29). Como Pastor, comprometido con ellos en el éxito de la misión encomendada, los has llevado a un lugar tranquilo. Ahí, no sólo cuentan éxitos, toman también fuerzas para la tarea que les aguarda en adelante. Pero la ternura que están experimentando por parte tuya será sin duda la imagen que mejor les quedará grabada. Esa será la imagen que, a su vez, transmitirán. Será el mejor modo de revelar el amor del Padre. Porque no los envías como funcionarios a desempeñar un trabajo. A tus discípulos no los quieres funcionarios de lo sagrado, sino *pescadores de hombres*, que deberán mostrar al mundo el rostro compasivo del Padre.

Jesús, cuando al terminar el día hago balance del día, ya ves que muchas veces tengo que terminar pidiéndote perdón porque la tarea realizada tiene más de activismo que de sentido misional. Mucho trabajo, y ni siquiera siempre, en activismo social y religioso. Pero a poco que me examine, descubro que he hablado poco contigo a lo largo del día. ¿Dónde ha quedado la oración? ¿No son rezos, en vez de oración, lo que he hecho? La oración no son rezos. Y hay tanto peligro de convertir en rezos la misma oración litúrgica de las horas… O sea, que casi sin darme cuenta, me he convertido en una oveja sin pastor. Menos mal que tú siempre estás conmigo. Tu presencia es como la luz ámbar, indicadora de un peligro.

Jesús, eres el amigo de verdad. Siempre atento a los amigos. No dejes que las ocupaciones diarias me desvíen de ti.

-18-
LA FE: TRANSMITIDA, RECIBIDA, VIVIDA

Jesús, en el mundo de hoy, y me figuro que en el de siempre, hay gente que se autoafirma y manifiesta como creyente; por el contrario, otros se declaran increyentes. No deja de ser un misterio esta polaridad. ¿Por qué unos tienen fe y otros no? ¿Es cuestión de fe? Aquí lo personal es primordial. Desde luego, si no se tiene fe no se puede ser creyente. Con lo cual, la fe misma, pasa a ser también un misterio. Entonces, me pregunto, ¿qué es la fe? Si busco una definición, me encontraré con que la fe es seguridad, o cuando menos confianza. Vale. Pero las definiciones, a veces claudican. De hecho, las cosas más sublimes no caben en una definición. Por ejemplo, Dios, la vida, el amor. No caben. Desbordan. Dios, la vida, el amor…, o se tienen, o no hay nada que hacer. La Carta a los Hebreos dice: *"La fe es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven"* (Heb 11,1).

Me gusta, Jesús, la interpretación que de la fe da la Carta a los Hebreos: *Una garantía de los bienes que se esperan*. No estamos pues en el vacío existencial. *La plena certeza de las realidades que no se ven*. No estamos tampoco ante una lotería, que te puede tocar o no. Generalmente no toca. Aquí estamos ante una certeza. La primera certeza eres tú, Jesús. Cierto que no te vemos *físicamente* en la actualidad. Pero la actualidad tiene un presente, un pasado, y un futuro. El pasado de nuestra actualidad fueron los apóstoles. Ellos sí te vieron, estuvieron contigo, evangelizaron contigo. Fueron testigos directos de tu muerte, y partícipes de las consecuencias de la resurrección. Tú les infundiste una nueva vida, como creyentes. Y la fe que tú les transmitiste, les dio alas para ir al mundo entero a proclamar el Evangelio.

La fe de los cristianos parte de tu Resurrección. Esa fe, tú la diste a la Iglesia. Y esa fe recibida y vivida en la Iglesia; transmitida también y contenida en la Sagrada Escritura; celebrada en la Sagrada Liturgia, sobre todo en la celebración de la Eucarística; y en los demás Sacramentos, como la Reconciliación; y en la Oración personal y comunitaria; y hecha realidad viva y permanente en la Comunidad, sobre todo por el amor fraterno, nos remite directamente a ti. De modo que la fe no es una entelequia. Por el contrario, nos hace descubrir la alegría y el gozo de servir, amar, y perdonar, siguiendo tu ejemplo y mandato.

Ahora bien, amigo Jesús, por lo mismo que la fe no es una entelequia, sino que, como dice Santiago: *"De la misma manera que un cuerpo sin alma está muerto, así está muerta la fe sin obras"* (Sant 2,26), me viene a la mente aquel certero mensaje del *Documento de Puebla, III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*. Es bueno rememorarlo. En el *Capítulo II: Visión socio-cultural de la realidad de América Latina,* se dice, y permíteme la larga cita, números 31 a 39:
"31. La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela: 32. —rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar; 33. —rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación; 34. —rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos, que, viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres; 35. —rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan; 36. —rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para

organizarse y defender sus derechos; 37. —rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos; 38. —rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales; 39. —rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen".

Sí, Jesús, son *tus rasgos sufrientes.* Es decir, no sólo te encarnaste en nuestra realidad humana al hacerte hombre. Te encarnas también en cada hombre y en cada mujer mencionados en el *Documento de Puebla*, tan vivo, tan de actualidad, y quizá tan olvidado. Por eso, cuando alguien dice que no tiene fe porque sólo cree en lo que ve, pues que mire y vea. Y vaya que sí se ve. Se ve la realidad, y tú estás, Jesús, encarnado en la realidad. Qué examen, pues, de conciencia nos toca hacer a cada uno partiendo de la realidad. Es ahí donde te vemos, si no miramos para otra parte.

Gracias, Jesús, por encarnarte y encarnar cada uno de tus gestos en el rostro de cada persona humana con la que nos encontramos en nuestro diario caminar.

-19-
LA LECCIÓN DEL LÁTIGO

Jesús, fuiste audaz y provocativo. Aquel gesto tuyo dentro del recinto del Templo de Jerusalén, fue valiente, comprometedor y tremendamente arriesgado, al arrojar del mismo a vendedores de novillos, corderos y palomas; y al volcar las mesas de quienes cambiaban moneda extranjera por nacional. Esto te supuso un enfrentamiento frontal con la oligarquía dirigente y dominante del país. Habían hecho del Templo, principal símbolo religioso y unificador, el cuartel general de la política y de la economía.

Tu gesto inusitado iba más allá de la provocación. El abuso de poder de los dirigentes había sobrepasado los límites tolerables. Denunciabas al mismo tiempo que la religión, por sí misma, no es sinónimo de santidad, ni el acudir al Templo garantía de salvación personal.

Naturalmente, la fuerza profética con que actuaste desencadenó tu detención, y rápida ejecución. Atacar al Templo suponía, según la élite gobernante, atacar el corazón mismo del pueblo. Mentira. Tú jamás atacaste la vida religiosa de nadie. Atacaste, sí, la política corrupta, escudada en la religión, por quienes detentaban el poder. Dejaste en evidencia que el Templo no es patrimonio de nadie, ni la coartada de intereses personalistas. Dejabas en evidencia también a quienes quieren manipular para sus intereses a Dios, reduciéndolo a ocupar un lugar geográfico concreto. Buscabas signos del Reino de Dios y su justicia. Allí apenas los había. El de Jerusalén, como cualquier otro templo, debía ser casa de oración, no almacén de absurdo mercado; ni banca de divisas, donde los diezmos y primicias ofrecidas a Dios se convertían en negocio lucrativo.

A saber por qué universal mecanismo psicológico del complejo de poder, quien se instala en el mando tiende, y de hecho lo consigue, a separarse del pueblo. Y el pueblo queda en un teledirigido e irrelevante segundo plano. La religión, así practicada, puede llegar a tapar muchas miserias. De hecho, mientras en el entorno del Templo de Jerusalén se acumulaba la riqueza, en el pueblo, sobre todo en las aldeas, crecía la miseria. Todo aureolado bajo la bandera de la religión.

Naturalmente Dios no podía legitimar una religión como aquella, creadora de las clases sociales, compuesta de dominados y dominadores. Como no se puede legitimar una religión que proclame la guerra santa como sistema y método de avasallamiento, dominio y conquista. ¿De cuándo acá las guerras son santas? Ante tu actuación, Jesús, cabe preguntarse por el papel que desempeñan las religiones. ¿Una religión de puros? Tú viniste a salvar a los pecadores. Tú viniste a decirnos que tenemos que *"ser santos como el Padre celestial es santo"* (Mt 5,48). Cada religión tiene sentido y vale en la medida que ayuda a sus seguidores a llevar un estilo de vida en consonancia con la santidad de Dios y el respeto que todo ser merece.

Lo primero no es la religión, sino la santidad que nos ayuda a adentrarnos en el reino de Dios. Cuántas veces ritualismos y prácticas religiosas no pasan de ser simples sucedáneos de la realidad ideal. Y, todavía peor si se mezcla con la magia, o con las supersticiones.

La magia es todo lo contrario de la religión. Mientras la religión acerca el ser humano a Dios, la magia lo aleja. Amor y magia se dan de coces, dicho vulgarmente. La religión va en la línea del amor. La magia, por el contrario, va en la línea del miedo o del interés. El miedo nos lleva a buscar toda clase de medios de defensa, para defendernos de un poder amenazador. Desde la magia, Dios es alguien que amenaza, o estorba. Desde la religión, Dios es alguien que ama. Cercano. Que crea confianza. Dios es un Padre que nos ama, y nos ama de verdad. Esto es lo que tú, Jesús, nos has revelado. Es más, nos has dicho que eres el Camino. El único camino seguro para llegar al Dios que es Amor. Esto la gente lo entendió. Por eso, cuando hablabas a la gente, con ese enorme sentido pedagógico que te caracterizaba, lo hacías con palabras y símiles que la gente pudiera entender su mensaje. La gente de tu entorno, era gente acostumbrada a los rigores del desierto, donde los caminos se diluyen y es fácil perderse. Y tú les dices: *"Yo sor el Camino"* (Jn 14,6).

¡Ay, Jesús, o te buscamos a ti, o nos buscamos otros caminos. Pero esos caminos no llevan a ninguna parte!

-20-
LA VIDA ES LINEAL

Jesús, desde que tenía uso de razón vengo observando que los acontecimientos en general, por ejemplo, lo de la naturaleza, son rotativos. Se va la primavera. Pero vendrá otra nueva primavera. En cambio, la vida es lineal. Está estirada, como una vía del tren. Llega hasta donde llegue. Así es la vida, se nos va y no retorna.

Las religiones tienen ritos iniciáticos que marcan la entrada y pertenencia de sus nuevos adeptos. Uno de estos ritos más universalmente empleados, ha sido el Bautismo. Es anterior al cristianismo. También los judíos lo empleaban. De hecho, tú, Jesús, te hiciste bautizar a manos de Juan. Con ello estabas indicando públicamente tu pertenencia al pueblo judío. Como hombre, te sometiste a las leyes y normas de tu pueblo. Pero siendo Dios al mismo tiempo, el Padre se encargó de darlo a conocer. Expresamente lo dice el Evangelio: *"Jesús llegó desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y al salir del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu Santo descendía sobre él como una paloma; y una voz desde el cielo dijo: "Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección"* (Mc 1,9-11). Tu bautismo, por consiguiente, fue mucho más que un rito de iniciación.

Lo mismo pasa con los cristianos. El Bautismo va más allá de un rito. Es un Sacramento. De esta manera, la vida cristiana se inicia por la Fe. Y la fe, en general, se transmite, fundamentalmente, de padres a hijos. Pero no sólo. Cuenta también el ambiente geográfico y cultural. O sea, si uno nace en un país cristiano, lo lógico es que sea cristiano; si nace en un país que tenga otra religión, lo lógico es que pertenezca a esa determinada religión. El ambiente absorbe. Para bien y para mal. Hasta que llegue el momento en que cada uno personalice y responda de su fe. Esto conlleva un proceso. La fe, como tantas otras cosas, está sometida a un proceso de profundización. Cuando nacemos no se nos pregunta si queremos nacer. Nos dejamos llevar por otros, generalmente los padres. Hasta que llega el momento en que cada uno tiene que buscarse la vida por su cuenta.

Ya hace años, sabes, Jesús, que los obispos vascos, en la Carta que cada año suelen publicar en la Cuaresma, publicaron la que titularon *"Transmitir hoy la Fe"* (Cuaresma-Pascua 2001). Decían: *"La catequesis es un proceso de profundización en el conocimiento y vivencia de la fe, que se desarrolla a partir de una adhesión fundamental a Jesucristo, a quien se ha llegado a descubrir al menos inicialmente como revelación de Dios y centro de unificación para nuestra vida..."*. Gran verdad.

Vivir la fe. Sí, Jesús. Esa es la cuestión. Para cualquier cristiano, hombre o mujer, que se plantee de verdad su fe, es bueno, más, es necesario reflexionar en la famosa pregunta que un día lanzaste a los discípulos: *"¿Quién dice la gente que soy yo?"* (Mc 8,27). De sobra sabías lo que la gente opinaba de ti, estando, como estabas, todo el día en medio de la gente. Pero querías ir más lejos, en forma lineal, sin rodeos. Querías implicar personalmente a los discípulos en la respuesta. Y les dices, directamente: *"Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?"* (Mc 8,29). Me figuro que hubo un momento de perplejidad y silencio. Seguramente no se

esperaban la pregunta tan directa y con tanta puntería. Quedaron callados. Hasta que, como siempre, el bueno de Pedro, responde por él y por los demás: *"Tú eres el Mesías"* (Mc 8,29).

Sí, Jesús, sé que la Fe debe personalizarse. De lo contrario, no sería fe; sería otra cosa. Pues lo mismo que cuidamos nuestra vida corporal, debemos cuidar nuestra vida sobrenatural. Y si convenimos en que la vida es lineal, es decir, nacemos y vamos en línea recta hasta que morimos. No hay recodos, ni vuelta a empezar. La vida es de una pieza, toda seguida. No importa si es larga o es corta. Es la vida. Lo mismo acontece con la vida de Fe. También es lineal. Comienza en el Bautismo y llega hasta el encuentro amoroso con el Padre, en la eternidad. Porque la Fe es adhesión total a ti, Jesús. Por eso, el que se bautiza en ti, Jesús, resucitará contigo en la vida nueva de la Gracia, que es el camino y puerta de la eternidad.

-21-
LIBRO DE UNA SOLA PÁGINA

Jesús, me gustaría comenzar esta conversación contigo citando un párrafo de un buen amigo. Doctorado en no sé cuántas cosas, a mí me gusta su sensibilidad como poeta. Ha escrito: *"Bajaba de escuchar el silencio de la nieve cuando los castaños me salieron al encuentro y me dijeron: Dimos castañas a generaciones y generaciones. Mientras nos asaban escuchamos leyendas, cuentos, aprendimos la genealogía de todas las casas, la historia de cada pedazo de tierra y hasta de las vacas. En nuestras ramas anidaron los pájaros, hasta pájaros que ya no vienen por aquí. Hemos visto desaparecer costumbres, palabras. Hemos asistido a nacimientos, a muertes de gentes en plena juventud. A nuestra sombra pastaron vacas y muchos burros cargaron con sacos de nuestras castañas. Ya no vemos vacas ni burros. Con nuestras ramas ya no hacen vigas porque las utilizan de hierro y cemento. Ahora vienen por aquí gentes que no son de aquí y dicen: "Parece una escultura", cosas bonitas, pero no saben nuestra historia y muchos ni siquiera saben que las castañas asadas son nuestras lágrimas y nuestras sonrisas". (Manuel Mandianes).*

Bonito, ¿verdad? Tú, Jesús, el Hijo eterno de Dios, eres el Poeta universal. Nadie como tú ha sido capaz de manifestar y tener tanta sensibilidad, tanta capacidad de admiración ante la maravillosa obra de la Creación, salida de las manos del Padre Dios. La Creación, el Poema de Dios.

La Biblia recoge, de algún modo, algo de este poema sinfónico de la Creación. La Biblia atestigua, sobre todo, la Buena Nueva de la Salvación. Porque tú, Jesús, eres *el centro del Cosmos y de la Creación*. Has traído al mundo esperanza y alegría. Lo demostraste fehacientemente aquel día en la sinagoga de Nazaret. Cuántas veces no habrías asistido al culto…, porque a nadie se le ocurre invitar a hacer la lectura bíblica a un desconocido, a un recién llegado. Confiaron en ti. Hiciste la lectura, pausada, proclamada. Y de pronto, les dijiste que todo eso se cumplía "aquí y ahora". Que la Palabra de Dios no se archiva en los anaqueles de una biblioteca. Y, personalizando las palabras del profeta Isaías, les dijiste a tus paisanos: *"Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura…"* (ver Lc 4,18-22). Y los pobres encontraron los brazos abiertos de Dios. Los presos se vieron liberados de la miseria, de los vicios, de las injusticias, del pecado. Los ciegos pudieron ver por dentro y por fuera. Diste las claves para erradicar la miseria, la explotación, y estructuras anticristianas. Los oprimidos comprendieron que podían conquistar sus derechos.

Es que, efectivamente, la Biblia es la Palabra de Dios para nosotros, hombres y mujeres de todos los tiempos. El Pueblo de Dios, Israel, sirviéndose de la Palabra de Dios pudo reconstruir el país, al regreso del exilio.

Tú, Jesús, te serviste de la Palabra de Dios escrita, como base referencial, para comenzar tu Misión. Este bellísimo y conmovedor pasaje que recoge san Lucas (Lc 4,18-22) fue tu punto de arranque, y el programa a realizar. Bien podemos concluir que la Biblia es el Libro que tiene una sola hoja. No hace falta pasar páginas. En esa sola Hoja, diáfana y transparente, está contenido todo el Mensaje de Dios a la Humanidad. Y tú, Jesús, nos lo hiciste comprender, con total claridad, aquel día en Nazaret.

-22-
MAESTRO, ¿DÓNDE VIVES?

Jesús, en el *Evangelio de Juan* (Jn 1,35-42) tenemos el *encuentro* que tuvieron contigo los primeros discípulos. *Juan Bautista* te reconoce cuando llegas al Jordán, y dice a Andrés y Felipe, discípulos suyos, que eres *"El Cordero de Dios…".* O sea, que eres de más categoría que él. Por consiguiente, que eres tú a quien hay que seguir es. Entonces, Andrés y Felipe, no sin cierta timidez, te siguen. Para que no les quepa duda de que no se han equivocado, les preguntas: *"¿Qué buscáis"?* Un tanto azorados como sin duda estaban, a su vez te preguntan: *"Maestro, ¿dónde vives"?* Y tu respuesta, llana y amigables es: *"Venid y lo veréis"*.

Qué gratamente impactados debieron quedar, cuando al día siguiente Andrés te trae a su hermano Pedro. Y Felipe, a su vez, llama a Natanael: *"Hemos encontrado a aquel de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas. Es Jesús, el hijo de José de Nazaret"* (Jn 1,45).

Jesús, si traigo a colación este pasaje, es porque lo siento muy sugerente. Cuando alguien nos habla de ti, cuando alguien nos lleva hasta ti, queda prendado de ti; y se convierte en discípulo tuyo. No se prendan de tu casa, ni del lugar donde vives. Se prendan de ti. Y éstos, a su vez, buscarán otros candidatos a seguirte. ¿Qué tienes, Jesús, que de tal manera arrastras?

El hombre, varón y mujer, de todos los tiempos, se ha caracterizado por ser un buscador. El hombre busca, más allá de sí mismo, algo o *Alguien* que llene su corazón, que dé sentido a su vida. Ese *Alguien* eres tú, Jesús. Tú no eres una entelequia, no eres un sueño, o un espejismo, sino el Dios hecho Hombre. Y lo más sorprendente, es que vives en nuestro propio corazón.

¿Dónde vives…?, te han preguntado los músicos, los poetas, los artistas, los grandes pensadores, y la gente, en general, de más exquisita sensibilidad espiritual. Y te han cantado en prosa y en verso, en obras de majestuosa arquitectura, y en la sencillez de la vida que va transcurriendo en el día a día de nuestro existir. Por ti han dado la vida innumerables mártires. Por ti han sacrificado los más nobles instintos, hombres y mujeres, consagrando todo su ser en la vida religiosa y sacerdotal. Por ti, tanta gente anónima, va abriendo surcos de luz y de esperanza con su trabajo callado, con su entrega amorosa y generosa a la familia. Por ti, la vida tiene un sabor nuevo y es bella. Por ti el cosmos infinito es el gran salmo de la Creación.

-23-
MÍSTICA DIVINA Y HUMANA

Jesús, veo que hay muy diversas opiniones sobre esto que llamamos *Mística.* Entiendo que *Mística* significa experiencia de lo divino. También entiendo que no es lo mismo *divino* que *Divinidad*. Esta se refiere a Dios. Pero lo que llamamos divino, no siempre tiene que ver con la Divinidad. Por *divino* puede entenderse aquello que queda encerrado en el misterio. Pero en el misterio cabe mucha fantasía y mucha subjetividad.

Cualquier persona que se acerque a ti, Jesús, sea creyente o no, enseguida se da cuenta de que tú tenías de todo menos de místico, entendiendo místico en el sentido de fantasía. En cambio, sí eras un místico, si tomamos místico como sinónimo de santidad, por tu identidad con Dios.

Por consiguiente, Jesús, tampoco fuiste alguien encerrado en sí mismo. Por el contrario, unido en total y constante sintonía con Dios, sintonizabas al mismo tiempo con la naturaleza y con los demás. No te andabas por las ramas. Metido de lleno en la realidad del mundo, de las personas, y del ambiente en general, amabas cuanto te rodeaba. Comprometido de lleno con las personas, "*pasaste por el mundo haciendo el bien"* (Hech 10,38). Enviado por el Padre, viniste al mundo para salvarnos a todos. En la totalidad de la persona. No viniste a salvar simplemente "*almas*", como tantas veces se oye decir, sino "*personas*" concretas, en su totalidad.

Brillantemente lo expresó Juan Pablo II en su Encíclica programática, la *"Redemptor Hominis",* Cristo es el *Redentor del Hombre*. Es *"el centro del Cosmos y de la Historia".* Por consiguiente, ama cuanto le rodea. Efectivamente, ¡hay que ver, con qué delicadeza y ternura amabas los niños y a los que sufren. Te admirabas ante la belleza de los lirios del campo. Evocabas bucólicamente al rebaño que pasta en el campo, imagen que te sirvió para conceptuar la unidad que quieres que haya entre tú y nosotros: *"Yo soy el buen pastor…"* (Jn 10,11-18). Sintonizabas con las personas y con la naturaleza, lo mismo que con Dios; y al revés.

Jesús, sí eras místico en el sentido tan original y bellamente expresado por el papa Francisco en la Encíclica *"Laudato si'": "El universo se desarrolla en Dios, que lo llena todo. Entonces hay mística en una hoja, en un camino, en el rocío, en el rostro del pobre"* (nº 233). Y aquí, atinadamente, el papa añade una cita, como nota a pie de página, de un poeta sufí; nota muy elogiada por cierto, por el Islam: *"Un maestro espiritual, Ali al-Khawas, desde su propia experiencia, también destacaba la necesidad de no separar demasiado las criaturas del mundo de la experiencia de Dios en el interior. Decía: «No hace falta criticar prejuiciosamente a los que buscan el éxtasis en la música o en la poesía. Hay un secreto sutil en cada uno de los movimientos y sonidos de este mundo. Los iniciados llegan a captar lo que dicen el viento que sopla, los árboles que se doblan, el agua que corre, las moscas que zumban, las puertas que crujen, el canto de los pájaros, el sonido de las cuerdas o las flautas, el suspiro de los enfermos, el gemido de los afligidos…».* (Eva de Vitray-Meyerovitch [ed.], *Anthologie du soufisme*, París: Editions du Seuil, 1978, 200). Porque la mística, más que misterio, es evidencia.

Fuiste compasivo y misericordioso. Metido de lleno en la realidad de las personas, sabías *descubrir la acción de Dios no sólo en el alma, sino en todas las cosas,* como prosigue la Laudato si'. De ahí que, con tanta fuerza resalte el evangelio la *misericordia* del Señor para con todos. Buenos y malos. Pero tu misericordia se acentúa más cuando se trata de personas necesitadas, al nivel que sea. Porque a Dios le duele el dolor y el sufrimiento de la gente. Y tú, que eres Dios y Hombre verdadero, afirmas: *"No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos"* (Mc 2,17). Tus sentimientos para con las personas, sobre todo las más necesitadas, fueron siempre de compasión. No quieres que nadie sufra. Por eso tratabas de suprimir, o al menos aliviar, el sufrimiento, y el dolor.

San Pablo dirá que el dolor entró en el mundo por el pecado. Desde el enfoque y contexto teológico que el apóstol le da, sin duda. Se trata, por lo demás, del dolor moral y espiritual. Sin embargo, nivel humano y físico, que no contradice para nada la teología, sin duda que el dolor es ajeno al pecado. El dolor es constitutivo de la naturaleza. Pongamos por caso: supongamos, tomando prestada la imagen de la biblia, que Adán y Eva, un día estuvieran jugando los dos a columpiarse en las ramas de algún árbol del paraíso; de pronto, la rama se rompe, ellos se caen. Qué duda cabe de que en el topetazo contra el suelo "verían las estrellas", como suele decirse.

Y es que, una cosa es el dolor moral (teológico) y otra, el dolor físico (naturaleza). Nadie mejor que tú, Jesús, para saberlo desde tu experiencia personal. Por ejemplo, en el abandono que sentiste en la cruz, y el suplicio de la cruz misma. Pero hay más, trataste de aliviar tanto un dolor como otro. Y no en ti, sino en los demás. Por eso perdonabas los pecados (dolor moral), y también curabas a los leprosos, paralíticos, etc., (dolor físico). De ahí que la *compasión* no es una virtud más en nuestra vida, sino una manera de parecernos a Dios. Repetías: *"Sed compasivos como vuestro Padre Dios es compasivo"* (Lc 6,36). Por consiguiente, la compasión tiene que ser una actitud configurante, tanto del creyente, en lo individual, como de la Iglesia en su globalidad. Cualquier obra hecha sin el aval de la misericordia, de poco o nada sirve. Terminarán siendo obras buenas, altruistas, propias de una ONG, pero no de una Iglesia que, para serlo, necesita ser una prolongación tuya, mi buen Jesús, en el mundo.

Para terminar esta conversación. No me cabe duda de que los falsos místicos carecen del don de la realidad. Flotan en una nube autocomplaciente. Les falta la dimensión de los grandes soñadores. Los verdaderos místicos son hombres y mujeres, clarividentes en ideas, utópicos donde los haya, porque ven más allá de lo que los demás ven. Se adelantan a los acontecimientos y hacen historia. Es el caso de los profetas bíblicos. Es tu caso, mi querido y buen Jesús. Fuiste el gran Soñador. Tu utopía está anclada en la realidad. Por eso fuiste capaz de construir una humanidad nueva, donde el *vino nuevo hay que echarlo en odres nuevos*. Por eso fuiste capaz de redimir al mundo. Y de hacer nueva la Historia. Queda, pues, claro por qué digo que hay mística a lo divino y mística a lo humano. Buena a lo divino, vacía a lo humano. Con razón dice el salmo: *"Sabe el Señor que los pensamientos del hombre son insustanciales"* (Sal 9,11).

-24-

NUESTRO DIAL EN LA FRECUENCIA DE DIOS

Jesús, el cristiano, incorporado a ti por el bautismo y consciente de ser seguidor tuyo, representa y lleva en sí mismo la síntesis más hermosa de lo humano y lo divino. En realidad, el cristiano es en verdad ciudadano simultáneo de dos reinos; que, a la hora de la hora, no son dos, sino uno solo con dos vertientes. Me recuerda esto la historia y vida de santo Tomás Moro.

De un lado, el cristiano pertenece a la *"ciudad terrena",* si empleamos el símil agustiniano. Y pertenece, al mismo tiempo, a la *"ciudad celestial*", en términos del Apocalipsis. El cristiano es el hombre, o mujer, de la temporalidad y de las realidades eternas. Su tarea es construir la ciudad eterna; para lo cual, ha de comenzar por construir primero la ciudad terrena, llevando a cabo el mandato de Dios le señaló ya en el primer capítulo del Génesis, de gobernar la creación. Para llevar a cabo esta empresa magnífica y colosal, la persona humana necesita estar en armonía consigo mismo. Para lo cual, es preciso conjugar la vida espiritual y la acción. Sin la fuerza y gracia de tu Espíritu, Jesús, con que tú actúas, tal conjunción sería imposible. Si no tiene experiencia de Dios, el hombre no podrá tener la experiencia de sí mismo. Sintonizar con Dios es garantía de sintonizar con los demás. Necesitamos, por lo mismo, colocar nuestro dial en la onda de Dios; como hacemos con un aparato de radio.

El cristiano, primero por vocación, es decir, porque tú, Jesús, lo has llamado; y luego, haciendo honor a su nombre de *cristiano*, es un seguidor tuyo. De este modo, está llamado a trabajar para hacer posible un mundo más humano. Me gusta leer y meditar el salmo 8. En referencia al ser humano dice: *"Lo hiciste apenas inferior a un dios"* (Sal 8,4). En el ser humano hay una parte de la divinidad de Dios. Al haberlo convertido en imagen y semejanza suyas, Dios le tiene reservada su gloria. Por consiguiente, tanto individual como socialmente, el hombre tiene que impulsar un humanismo tal que todo adquiera transcendencia; que revalorice, no sólo al mismo hombre, sino a toda la creación. Pues por designio de Dios, la creación está sometida al hombre. Esto es un gran honor para la persona humana, pero también una intransferible responsabilidad. No llevar a cabo esta misión sería lo mismo que frustrar el plan de Dios sobre la creación.

Jesús, siendo tú la síntesis de la Creación, los cristianos en primer lugar, y también todos los hombres y mujeres de buena voluntad, necesitamos, reitero, colocar nuestro dial en la onda de Dios. De lo contrario, las cosas no resultarán. No podemos salirnos del modelo que eres tú. En ti reside la plenitud del Espíritu. En ti se une lo divino con lo humano, bajo la soberanía y fuerza del amor de Dios. El cristiano necesita ser un comunicador de vida. No puede archivar o esconder su fe. De otro lado, bien sabemos que sin santidad de vida no se es verdadero cristiano. Ahora bien, la santidad no consiste en andar vegetando y flotando como una nube. Por ser imagen de Dios, hechura de Dios, se parece a Dios. Esa es la dignidad gratuita que Dios le ha conferido. Por consiguiente, está llamado a la santidad. La verdadera santidad lleva al hombre, varón o mujer, a luchar por ayudar a salir del subdesarrollado, a todo

nivel. Para eso Dios nos ha dado la inteligencia, la libertad y la voluntad. Cuanto más plenamente humano sea el hombre más cerca estará de Dios.

Jesús, también está claro que el cristiano está llamado a mantener vivo el sentido de la esperanza. Y a trabajar por un mundo más humano, donde todos puedan vivir, al menos, mínimamente bien. Y a ser testigo de la Verdad, porque Dios es la Verdad. Y a tener encendida la lámpara de la fe; a pesar de que nos toque vivir en un mundo zarandeado por la guerra y la violencia. Donde hay tanto desorden, tanta agresividad necesitamos responder con la paz. El Amor siempre vence al odio.

-25-
ORAR DIFIERE DE REZAR

Jesús, qué locuaces solemos ser los humanos. ¿Lo somos también con Dios? Porque tengo la impresión de que cuando nos dirigimos a Dios, dejamos de hablar; y para no quedarnos mudos, nos refugiamos en los rezos; recitaciones de oraciones, de salmos, etc. Pero recitar no significa exactamente hablar. Ni orar es rezar. El rezo es algo repetitivo, mecánico, tanto, que a veces nos distraemos y ni cuenta nos damos a quién nos dirigimos. Orar, en cambio, es hablar con Dios. Con la espontaneidad y naturalidad con que un niño habla con su padre o con su madre. Es lo que tú hacías. Hablabas constantemente con el Padre. ¡*Abbá*!

El ser humano, es verdad, acude a la oración de modo cuasi instintivo e imperioso, pero necesario. Parecido a como el tierno infante busca el pecho de su madre. Lo busca por instinto natural, cuando siente la necesidad de alimentarse. El ser humano se mueve en el campo del espíritu por una especie de instinto. Pero también de miedo. Nos guste o no, estamos rodeamos de miedo. Muchas cosas nos asustan, o perturban. Es entonces cuando buscamos refugio. Y lo primero que hacemos, instintivamente, acudir a Dios. Lo hacemos sin formularios prefabricados. La necesidad nos hace acudir a Dios. El mecanismo del miedo actúa como un resorte automatizado. Esta es la realidad, sobre todo cuando nos sentimos desvalidos, indigentes, desprotegidos, necesitados. Aquello que nos rebasa, muchas veces nos sobrecoge. Es bueno tener miedo, al menos un cierto miedo, por ser una alarma siempre encendida. Si el miedo es extremo, hasta los más incrédulos acuden a Dios.

El hecho de acudir a Dios, no significa que se esté orando, ni que se esté pensando en Dios, propiamente; se piensa en uno mismo y cómo librarnos de aquello que nos causa el miedo. Ahora bien, cuando conscientemente nos ponemos en actitud de orar, puede ocurrir que más que a orar nos pongamos a rezar. No es lo mismo *orar* que *rezar*. Dos verbos sinónimos español. Pero en este caso, los sinónimos empobrecen el significado. Para rezar, podemos echar mano de los *devocionarios*; en ellos encontramos formularios de *oraciones*. En cambio, para orar sobra todo devocionario. Rezar, en cierto modo, también es orar; salvo que nos convirtamos en una especie de grabadoras, que repiten mecánicamente lo previamente grabado, pero no se enteran. Orar es abrir el corazón a Dios; es hablar con Dios como un hijo habla con su padre, de tú a tú. A Dios no se le habla con formularios, sino con el corazón.

Es que, la oración es comunicación. Tú, Jesús, estabas en constante comunicación con el Padre. Y entiendo que la comunicación debe hacerse desde el amor. Lo mismo que dos enamorados. Qué bonito es ver a dos enamorados mirarse limpiamente a los ojos, sin decir ni media palabra. Una mirada dice mucho más que el lenguaje oral.

Habrá veces, sin embargo, en que la oración no tendrá propiamente el sentido de la alabanza; ésta surge desde el amor, ya que la oración es fundamentalmente alabanza a Dios. Sino que expresará urgencia. Una luz ámbar que se enciende desde nuestra indigencia. Es como si alguien se estuviera ahogando en medio de un río, o en el mar; instintivamente grita, agita sus brazos, buscando ese “alguien” que le pueda sacar del peligroso trance, que le pueda

salvar. Más que mirar y saber quién es su salvador, está tratando de que le ayuden. En realidad, se está mirando a sí mismo. El miedo ha hecho saltar todas las alarmas.

Nos dijiste, Jesús, que el culto que hemos de dar a Dios ha de ser en *espíritu y en verdad*. Por consiguiente, hay que hacerla desde la más absoluta confianza. La confianza también es ingrediente del amor. Hablabas con tu Padre Dios con total confianza; en primer lugar, porque te sentías y te sabías Hijo de Dios, cercano, familiar, acogedor, amigo, Padre. Tu oración era de filial confianza. Y desde esa confianza amabas y te dejabas amar. Creo que aquí está la clave para que lo que nosotros llamamos oración no se confunda con el simple hecho de rezar. Son cosas distintas. Pero bueno será el rezo si nos lleva a ponernos en oración. Porque la oración es hablar con Dios. Tú, Jesús, eres, una vez más, el modelo de oración, es decir, de hablar con el Padre Dios. Todo es cuestión de amor.

-26-
PASAR EL ITV DE LA VIDA

Jesús, sabes que lo coches tienen que pasar periódicamente revisión. Lo que llamamos el ITV. Pues bien, creo que también la Iglesia necesita pasar de vez en cuando su *itv*; es decir, hacer una *"revisión de vida"* y preguntarse si muchas de sus obras llegan a alcanzar la línea de flotación de la *compasión*, en el sentido del Evangelio, que tú tanto insististe. Las obras buenas, por ejemplo una limosna, que cualquiera puede realizar, son, a veces, un puro sucedáneo. Más una forma de aquietar la conciencia, que una obra de "compasión evangélica". Tú, Jesús, eres el Dios encarnado que sabe que la sociedad en general, y las personas en particular, necesitan -necesitamos- orientación moral. Pero también atención concreta, personalizada. Porque las personas no son entes de razón, sino gente concreta con sus gozos y alegrías, con sus sufrimientos, soledad, marginación, incomprensión, dolor, esperanza, etc. Por eso, tanto la Iglesia, como los cristianos, estamos urgidos de ser signos de la misericordia del Padre. Así nos lo has enseñado en el Evangelio.

Tu constante experiencia y cercanía con los pobres, los enfermos, los parias del mundo, te hizo exclamar: *"No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos"* (Mt 9, 12). Ciertamente, el Evangelio, es decir, tú mismo, se mueve siempre no en lo espectacular, sino en la línea de la cercanía. Es lo que hiciste, estar siempre cercano a la gente, tanto en tu persona como en tu predicación.

Sabes bien que en nuestro mundo el tema religioso, en sí mismo, sin ponerle adjetivaciones, es siempre tema de acuciante actualidad. Y conviene acentuar bien lo religioso, más que lo místico. Lo religioso es más real, asienta sus bases en la realidad. Lo místico tiene una dimensión más corta y cerrada, y tiene el peligro de flotar muchas veces en una especie de nube poética, utópica, y, esto sería terrible, autocomplaciente, más que en la realidad cotidiana. De ahí que, si hay que decantarse, hay que apostar por la realidad. Las utopías valen en la medida que reflejan o empujan a alcanzar la realidad. El sentido religioso en el ser humano es una realidad en el día a día. Consciente o inconscientemente. Esa impregnación congénita de lo religioso, el ser humano la expresará, o no, de muchas maneras. A veces más, a veces menos conscientemente. Estamos condicionados por el ambiente, la cultura que nos rodea, y por la religión misma a la que cada quien pertenezca.

De ahí, Jesús, que tanto insistieras en la oración. Ya que, una de las dimensiones de lo religioso, y por cierto muy importante, es la oración. Estabas siempre en constante comunicación con el Padre. Incluso, te pasabas muchas noches en oración. Y nunca fuiste un místico; en el sentido negativo, por supuesto, ya expresado más arriba, en otra conversación. Nunca estuviste cerrado en ti mismo, siendo como eras hombre de mucha y profunda oración. ¿Por qué? Porque no te andabas por las nubes, sino que pisabas fuerte la realidad. Por eso eras creíble. Hasta convertirte en conciencia acusadora de quienes optaban por el mal. Era, pues, lógico que la gente confiara plenamente en ti. Estabas con la gente, te dabas a la gente. Eras profundamente realista. Y te acercabas a todos para hacer el bien; curando las dolencias materiales y espirituales; e infundiendo esperanza.

-27-
POZO DE ENCUENTROS

Jesús, qué importante es el agua, ¿verdad? Sin ella no podríamos vivir. Y menos si nos situamos en el desierto. La deshidratación nos llevaría a una muerte rápida. Pues bien, te encontrabas en el desierto de Judea. Y no era por casualidad. Es cierto que andabas en tu misión permanente, consistente en predicar el Evangelio. Hacía calor, estabas cansado, tenías sed. Todo eso es muy humano, muy natural. Y al llegar al pozo de Jacob hiciste un alto en el camino. Además era hacia el mediodía. Hora de comer. Mientras tus discípulos iban a comprar comida tú que quedaste sentado en el brocal del pozo.. Sabías que el pozo era un lugar muy frecuentado. La gente llegaba allá, para abrevar el ganado y, sobre todo, llegaban a buscar el agua necesaria para los quehaceres de la casa. Y naturalmente, para beber. La escena, sublime en su significado y transcendencia, la cuenta y describe el apóstol Juan. (Jn 4,5-42).

Es el mediodía. Tú, buscando un poco de descanso, te has sentado en brocal. Y en esto, llega una mujer con su cantarillo en busca del agua. Su sorpresa fue grande. No porque alguien estuviera sentado en el brocal. Eso era cosa normal. La sorpresa fue cuando tú, Jesús, le pides agua a ella. Estaba en su tierra. Era samaritana. Tu acento te delató. No eras samaritano, sino judío. Y de inmediato afloran en la mente de la mujer viejas rencillas habidas entre judíos y samaritanos. Tú, judío, ¿me pides agua a mí, que soy samaritana? Orgullo de raza y de diferente sistema religioso. Exactamente, ésa era la respuesta que esperabas de la mujer. *"Si supieras quién es el que te pide de beber…, tú me la pedirías a mí"* (Jn 4,10). Me imagino el mohín y la risa de la mujer. *"Si no tienes con qué sacar el agua…"* (Jn 4,11). Lógica aplastante. Diálogo iniciado. Pugilato verbal. Exactamente lo que tú, Jesús, deseabas. Ella alude a la historicidad del pozo. Jacob. Tiempo pasado. Tú vas al presente, para empalmar con el futuro. Tú le ofreces un agua que quien la beba no volverá a tener sed (Jn 4,14). La mujer se chancea. Irónicamente, te pide que le des de esa agua, así se ahorrará tener que venir todos los días a buscarla. Momento en que, para su mayor sorpresa y descolocación, le dices que vaya a buscar a su marido. *"Anda, llama a tu marido y vuelve aquí"* (Jn 4,16). *"No tengo marido"* (Jn 4,17). Dijo verdad, aunque fuera una verdad a medias. Marido, no tenía; pero sí pareja. Debieron salirle los colores a la cara, cuando le espetas: *"Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el ahora tienes tampoco es tu marido*" (Jn 4,17-18).

Y lo que comenzó en el agua del pozo terminó siendo manantial de Vida eterna. Aquella mujer era, sin duda, una más de tus ovejas descarriadas. Ese día volvió al redil. No fue por casualidad que llegaste al pozo. A buen seguro que ese día la mujer descubrió en sí una sed más profunda. Cinco maridos, cinco. Y aunque hubiera tenido el doble, o más, no habría encontrado la felicidad. Su vacío espiritual era inmenso. Y tú, Jesú, te diste a conocer como agua viva, capaz de saciar cualquier sed humana. La pobre mujer quedó confusa. En principio. Y luego vio la luz. Y, ahora sí, te pidió con sinceridad que le dieras *"de esa agua".*

Aferrados a nuestro entorno, entretenidos en nuestros cuatro cachivaches, sólo pensamos en lo material. Agua material. Hasta que de pronto nos haces comprender nuestro error, que consiste, fundamentalmente, en no ver nuestro vacío espiritual.

Ahora, sí, como si la viera, abandona el cántaro y corre hasta el pueblo para anunciar su descubrimiento. Acaba de encontrar la felicidad que antes no tenía. Radiante, va a anunciar el gran descubrimiento. Ha encontrado al Mesías. Te ha encontrado a ti.

En ella, Jesús, tuviste una discípula más. Punto de arranque fue el pozo, símbolo de todas las insuficiencias e insatisfacciones humanas. Y al mismo tiempo, de la posibilidad del encuentro contigo, el único que puede llenar nuestros vacíos personales. Jesús, eres genial.

-28-
PROFETAS DE HOY (y de siempre)

Jesús, esta meditación es sobre los profetas. El pueblo te tenía por profeta. Estaba en lo cierto. Y así dice el Evangelio: *"Cuando El entró en Jerusalén, toda la ciudad se agitó, y decían: ¿Quién es éste? Y las multitudes contestaban: Este es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea"* (Mt 21,10-11). Eres el verdadero profeta. El profeta por excelencia. Pero voy más allá. La Biblia nos presenta una serie, no muy grande por cierto, de profetas. Sin duda que habría muchos más, cuyos nombres no han pasado a la historia conocida. Los profetas son como los mojones indicadores de la Historia. Paradigmas luminosos que iluminan la conciencia de la humanidad. Pero además de los profetas verdaderos, que la Biblia preconiza y consagra, también nos dice que había falsos profetas. Jesús, tú mismo nos lo advertiste: *"Cuidaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis"* (Mt 7,15-16).

Entiendo que el verdadero profeta es aquel que mirando al pasado, desde el presente, analiza la realidad y, a continuación, lanza su voz como conciencia universal al futuro. En la Iglesia, ha habido profetas fehacientes, intrépidos, valientes, en todos los tiempos. Ahí están sin ir más lejos los miles de mártires de todos los tiempos del cristianismo. Todo un paradigma, hombres y mujeres, de fe y entrega generosa.

¿Qué te parece?, Jesús. A la lista de profetas, en el amplio sentido del término, yo añadiría los pobres, en general. Los pobres fueron siempre los predilectos de Dios, en el Antiguo Testamento. Y los tuyos. Tu primera bienaventuranza fue para ellos: *"Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos"* (Mt 5,3). Pero podríamos añadir otros pobres, en particular; por desgracia, tan de actualidad. Me refiero a todas esas criaturas que nunca verán la luz porque son exterminadas, cruel y criminalmente, por el aborto, abanderado por los profetas nefastos de la cultura de la muerte. Una auténtica idolatría social, negación nefanda de la conciencia, tanto individual como social. Dicho lo cual, voy a referirme a uno de los profetas bíblicos: Jeremías.

A Jeremías, profeta bíblico donde los haya, se le castigó acusado de haberse pasado a los caldeos. Era una traición. Pero no había tal. Le comunicó al rey Sedecías, abiertamente: *"Tú no escaparás de su mano, sino que ciertamente serás capturado y entregado en su manos del rey de Babilonia, Tus ojos verán los ojos del rey de Babilonia, y él te hablará cara a cara, y a Babilonia irás"* (Jer 34,3). ¿Motivo? La falta de arrepentimiento de los pecados. Del propio rey y del pueblo. Pero decir la verdad, sobre todo cuando ésta duele, ya se sabe que es "políticamente incorrecto". Esto ocurre hasta en la historia no bíblica. Por poner, a modo de ejemplo, está el caso de Casandra. Se le tilda de enajenada por atreverse a vaticinar que aquel caballo de madera colocado a las puertas de Troya, a modo de regalo de los aqueos, sería la destrucción de la ciudad. Y así fue. Y es que, la idolatría embrutece, y no acalla las conciencias.

También la Iglesia es profeta. La Iglesia, hoy por hoy, y siempre, es quizá ya, la única defensora de la vida. En este sentido, se está quedando sola, aparentemente. Sus mejores profetas han sido y serán siempre los pobres. Lo proclamaba Benedicto XVI, *la Iglesia, no debe renunciar al don de profecía*. Dejaría de ser Iglesia. Su voz es siempre una voz de esperanza y vida. Es necesario, pues, *"un cambio de ruta individual",* y social. Y es necesario *"el trabajo humilde y cotidiano de la conversión de los corazones".*

Pero *"escuchar"* no es lo mismo que *"oír".* Si, por ejemplo, pasa una ambulancia por la calle, *oímos* el ulular de la sirena, pero nos quedamos impasibles. Tantas veces la oímos. En cambio, *escuchar* es poner atención; es abrir no sólo el oído, también el corazón. Se escucha más con el corazón que con el oído. Abrir el corazón, sin prejuicios, a los demás. Preocuparnos e interesarnos por sus problemas. Naturalmente, esto no es posible si estamos encerrados en nosotros mismos, en nuestros individuales problemas. ¿Sabe el mundo actual escuchar? ¿No estaremos perdiendo el don de escuchar? El Dios en el que todos creemos es un Dios de amor, Padre de todos. Pero sus hijos no hacemos honor a esta maravillosa realidad. Y lejos de abrir el corazón, es decir, escuchar al otro, lo golpeamos sin piedad. ¿Qué es si no la guerra y la violencia? ¿Acaso Dios quiere la guerra? ¿Acaso Dios quiere la muerte de gente inocente?

-29-
QUE NO SE APAGUE LA LUZ

Jesús, estamos tan acostumbrados hoy en día a la luz que puede ocurrir que perdamos de vista la dimensión de la oscuridad. Hasta las aldeas más pequeñas gozan de alumbrado eléctrico. La inmensa mayoría de los cachivaches, llámense electrodomésticos, etc., que utilizamos, funcionan por la energía eléctrica. Tan familiar es la luz eléctrica que parece haber caído en desuso aquella frase que los padres decían a los hijos, si éstos se portaban mal: "que viene el coco", que te meto en el cuarto oscuro". Con tanta luz, hoy ni hay coco, ni tal cuarto oscuro. ¿Por qué aludo al símil de la luz? Trataré de explicarme.

La Iglesia es una Comunidad que tiene la misión de testimoniar y concretizar tu proyecto liberador, Jesús. Sin ti, la Iglesia no sería Iglesia. Sería un club, una sociedad de a saber qué. Pero es una Comunidad, un Cuerpo vivo, cuya Cabeza eres tú. Este es el motivo por el que, cuando a los apóstoles los llamaron al orden las autoridades de Jerusalén, el apóstol Pedro dando testimonio de ti, el Resucitado, dijo: *"Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres"* (Hch 5,29). De este modo, estaba testimoniando tu soberanía universal.

Algo que llama a la reflexión es el hecho de que los apóstoles tuvieron que bregar en doble dirección. Por una parte, seguían siendo los mismos a nivel humano. Debían continuar ganándose el pan con el trabajo ordinario. Por otro lado, ahora eran apóstoles, *enviados*, debían proclamar la Buena Nueva. Esto fue lo que les acarreó problemas con las autoridades. Pero ellos, *"salieron del Sanedrín, dichosos por haber sido considerados dignos de padecer ultrajes a causa del Nombre de Jesús.* (Hch 5,41). Es decir, su vida cambió. Eran los mismos, sí, pero con una tarea añadida: dar testimonio de ti. Por consiguiente, llevar la Luz; luchar contra las tinieblas que envolvía a la humanidad.

En todo el tiempo que estuvieron contigo, aquellos alrededor de tres años, seguro que aprendieron mucho. Pero les faltaba lo principal: creer en ti de modo transcendente y transcendental. Creer en ti como el Hijo de Dios. Esto sólo fue posible a partir de la Resurrección. Tú, Jesús, habías dicho: *"Yo soy la luz del mundo"* (Jn 8,12). ¿Lo entendieron cuando te lo oyeron decir? Supongo que no. Sus mentes estaban enredadas en las redes y en las barcas que tenían varadas a la orilla del lago. Y de pronto, en el lago de Tiberíades, precisamente, fueron descubriendo el sentido de esta frase. No deja de ser conmovedora la escena, en realidad repetida, a la orilla del idílico lago de Tiberíades. Ellos andaban faenando. Tú apareciste en la orilla. Te vieron. Sólo Juan se percató: *"¡Es el Señor!"* (Jn 21,7). Les dijiste que echaran la red a la derecha de la barca. Lo hicieron. Y la captura de peces fue superabundante. (Jn 21,4-14).

Esa *pesca milagrosa* estaba simbolizando la Misión de la Iglesia, misión que tú, Jesús, les habías encomendado: ser pescadores de hombres. Pero, además de decirles que echaran las redes a la derecha, fuiste tú quien les invitó a almorzar. No almorzaron de la pesca abundante que acababan de arrastrar en la red hasta la orilla. Tú tenías preparado fuego en la playa, y sobre las brasas, asándose, un pez; también tenías pan. Sabroso almuerzo, de enorme significado simbólico: pescado, pan, el fuego mismo, que calienta, te representaban a ti, con sabor eucarístico.

La noche, en la que no habían pescado nada, era la oscuridad, era la ausencia de luz. Faltabas tú, Jesús. Tu Palabra cambió la situación. Se hizo la Luz. La Resurrección iluminó su existencia; de ellos, los apóstoles; y de la Comunidad. Pero hay otra conclusión más, que es preciso tener muy en cuenta, y es que, el éxito no depende del esfuerzo humano, sino de ti.

Que la Iglesia guiada por Pedro, según tu voluntad, no se rompe, como no se rompió la red. Y tu Palabra es Palabra de eternidad.

A continuación, les haces una entrañable invitación: *"Venid a comer"* (Jn 21, 12). ¡Qué entrañable fraternidad! A continuación se produce un diálogo, la mar de interesante e importante. Preguntas a Pedro: "*¿Me amas?*" (Jn 21,15). De modo muy significativo y cariñoso, y no sin cierta ironía, se lo preguntas tres veces. Tres veces te había negado. Bien que lo reconoció, y cómo le dolió al bueno de Pedro el haberte negado. Con lo buenazo que era. Pero así es la vida. Cuando menos lo esperas… *"Tú sabes que te amo*...". Conmovedora la actitud humilde y sincera de Pedro. Triple pregunta, triple respuesta, triple prueba de amor. *"Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas…"* (Jn 21, 15-17). Y una lección aprendida: Lo esencial no es ejercer la autoridad, sino servir en el amor. A partir de ahí, todo es Luz. Señor, que no se apague nuestra luz.

-30-
RAÍCES DAÑADAS

Jesús, todos los días, al comenzar la misa hacemos un reconocimiento público de nuestra condición de pecadores. Pedimos perdón por *"haber pecado mucho, de pensamiento, palabra, obra y omisión".* Pero por más que pidamos perdón, cada día tenemos que repetir la misma cantinela: *"…he pecado mucho…".* El pecado es una realidad que no se puede ocultar. Ha estado presente en el mundo desde que el hombre quiso *"ser como Dios",* pero prescindiendo, naturalmente, de Dios. El hombre usó mal su inteligencia y su libertad. Y lo pagó y sigue pagando, muy caro. Y así, el pecado se convierte en una realidad lacerante y omnipresente.

Jesús, al asumir sobre ti todo el peso del pecado de la Humanidad terminaste en la cruz. Ingente tarea, porque el pecado está presente a lo largo de toda la historia de la humanidad, hasta que al final, como se expresa la 1ª Carta a los Corintios, sean vencidas *"las dominaciones y potestades"* (1 Cor 15, 24), y todos los poderes hostiles al Reino de Dios. Diríase que la humanidad es un árbol con las raíces dañadas por el gusano de *la arrogancia* (Rom 1-3). *La concupiscencia* (Rom 7). *La codicia* (1 Tim 6,10; Col 3,5). Y un largo etcétera. Son gusanos que, como en el caso de Jonás, roen y secan la raíz. En ese largo etcétera caben también: *La comodidad. La indiferencia. Y el miedo.* La indiferencia llega cuando se pierde la sensibilidad ante el dolor ajeno.

Meditar en la realidad del pecado, es necesario; hay que ser realistas. Pero no para quedarse enfangado en ese pozo de iniquidad. De ahí que resulte genial la frase de san Pablo: *"Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia"* (Rom 5). Así es. San Pablo, alude también al *"misterio de iniquidad"* (2Tes 2,7); y ve el pecado introducido en el mundo. Pero ve, al mismo tiempo el *"misterio de salvación"* en el Dios que es misericordioso, que es Amor. Si el hombre cambió la libertad por la esclavitud, Dios no ha cambiado: sigue siendo el Dios Amor, el Dios Padre.

Jesús, da gusto leer y saborear lo que dice tu querido apóstol san Pablo. Qué bien captó lo que estamos meditando: *"En Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nuestros labios la palabra de la reconciliación"* (2Cor 5, 19). Siendo tú, Jesús, el Mediador entre Dios y el hombre, el puente de unión entre Dios y la humanidad, el Redentor, tu Cruz es Cruz de salvación. Jamás podremos agradecerte lo que has hecho por la Humanidad. Ningún otro nos pudiera haber salvado. La reconciliación sólo ha podido ser llevada a cabo desde el Amor. Y Dios es amor. Y tú el Hijo amado de Dios. El Camino, la Verdad y la Vida. Camino único que conduce a Dios. Verdad que se proclama asumiendo los valores de: justicia, perdón, sinceridad, etc. Pero que también desenmascara la *ceguera culpable* (Jn 9,41) de quienes no quieren ver la luz. La *hipocresía* (Mt 7, 3; 23, 1-35; Lc 11, 37-53). La *manipulación* que tantas veces se hace de Dios (Mc 7,1-13; Mt 7,21) y de las personas. La *mentira institucionalizada*. El *cinismo*. La *hipocresía y abuso de poderes* (Mt 23, 13-32; Mc 12, 40; Lc 11, 37-52). La *deshumanización* que nos lleva a un mundo sin sentido.

Jesús, por tu parte ya has cumplido. Ahora nos toca a nosotros arrimar el hombro. Porque la reconciliación es necesaria, no sólo como ideal cristiano, sino como necesidad vital para poder sobrevivir. Nos toca pues la tarea de meter al Dios de la Historia en nuestra historia personal. Esto ocurrirá cuando el hombre sea capaz de alzar y hacer desaparecer todas las ominosas tiendas de campaña de la guerra y del odio que ha plantado en el mundo. Y, a cambio, colocar una mesa bien surtida donde puedan todos acercarse a saciar el hambre, no

sólo del pan material, también del espiritual y cultural. En el mundo hay muchos hambrientos de fe y esperanza, sin diferencia de credos ni razas. Pero Dios es el Único y mismo Dios para todos.

-31-
SACERDOTES, PROFETAS, Y REYES

Jesús, sé que la vida, toda vida, por principio, está llamada a desarrollarse, a crecer. En términos cristianos, cuando, por ejemplo, hablamos del Sacramento de la Confirmación, solemos decir que es la edad adulta en Cristo. Me parece que conviene matizar un poco este término. Estar maduro en Cristo es muy difícil, por no decir imposible. Tú eres el modelo, la perfección misma. Pero de ti, Jesús, a nosotros hay una distancia infinita. Otra cosa es que tratemos de ir creciendo. Es diferente. Sin embargo, hay que esforzarse, siempre, por crecer en la fe; por parecernos a ti. En la naturaleza, el crecimiento acontece sin sentirlo. En la vida de fe, por el contrario, aunados por la gracia de Dios, que da el crecimiento, tiene que actuar también la propia responsabilidad personal. En el Bautismo, se trata de nacer para Dios. Y en la Confirmación, se trata de que la Vida divina impresa en nosotros llegue a la plenitud más alta posible. De este modo, la Confirmación es al mismo tiempo Sacramento de madurez en la Iglesia.

La responsabilidad que no se le puede exigir a un niño, hay que exigirla, por el contrario, al adulto. En el Bautismo, poco se le puede pedir al neófito. En cambio, en la Confirmación, sí. En el modo habitual de explicar tu mensaje, por medio de parábolas, hablas de la fe como de un crecimiento. Y lo aplicas al Reino. Curiosamente, pones el ejemplo del *grano de mostaza*. Semilla pequeña, pero que crece, se desarrolla, y hasta los pajarillos vienen a anidar en sus ramas (Mc 4, 31-32). Esto lo entendemos muy bien, aplicado a la vida sobrenatural. Los Sacramentos van produciendo en nosotros una transformación continua. En este crecimiento no estamos solos, porque tu Espíritu actúa en nosotros para ir configurándonos a ti.

De esta manera, la Iglesia, que es como un cuerpo, en la bella expresión paulina, cuya cabeza, la parte más importante, eres tú, y cuyos miembros somos nosotros, los bautizados, también va creciendo. Tú creces en nosotros, y nosotros en ti. Esto es fascinante y maravilloso. Resulta muy atinado lo que dice el autor de la Carta a los Efesios: *"Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error, antes bien, siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo"* (Ef 4, 14-15).

Al ser adultos en la fe, no podemos estacionarnos en la misma. Aquí es cuando, mi buen Jesús, tienes que hacer horas extras. Porque a veces caemos en la rutina, o en el cansancio, y nos olvidamos de que somos, tenemos que serlo, el *"buen olor de Cristo".* Sin olvidar que el aceite, símbolo de la fortaleza hay que llevarlo en la alcuza de la fe para que la luz de ésta nunca se nos apague. La luz de nuestra fe tiene que brillar e iluminar con potencia, pues estamos llamados a ser testimonio y fautores de la evangelización. Nos urge ser testimonio de la verdad de Dios y llevar el evangelio a todos los ambientes donde la vida del cristiano se desenvuelve normalmente.

Qué hermoso resulta remontarnos al día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo inaugura oficialmente tu obra, la Iglesia. Jesús, quisiste tu Iglesia como comunión de unidad y de amor. A partir del momento en que reciben el Espíritu Santo, los apóstoles se lanzan al mundo entero a llevar la Buena Nueva que tú les encomendaste. Pentecostés supuso la madurez en la fe para los apóstoles. Hasta después de tu Resurrección no te conocieron de verdad. Te habían confundido, o se pensaban, que tú eras un líder político. Seguían pensando en categorías humanas y políticas. Incluso, momentos antes de la Ascensión, aún te pregunta algún despistado: *"¿Es ahora cuando vas a restaurar el Reino de Israel?"* (Hch 1,6). Pero tu Reino transcendía el tiempo y el espacio. Tu Reino, configurado por ti, era el Reino de la Verdad, del Amor, de la Justicia, de la Santidad, alimentado por dones del Espíritu Santo, donde en ti, Jesús, todos somos sacerdotes, profetas y reyes. Sacerdote: para la santificación propia y de los demás. Profetas: para difundir la Verdad del Evangelio. Y Reyes: para servir a los demás, poniendo en práctica el Mandato del Amor que tú nos diste.

-32-
SEISCIENTOS TRECE IGUAL A UNO

Jesús, tengo que decirte, desde mi real indigencia y fragilidad humana que, a veces, me encuentro con personas que no me caen bien. Y otras veces es al revés. Pues bien, una de esas personas que me caen muy bien es Nicodemo. Sí, aquel que una noche se entrevistó contigo. Me parece un hombre honesto. Y no hay cosa que mejor caiga que la honestidad. Él tenía la misma inquietud que tantas personas tenemos: ¿Me salvaré? Porque, si después de bregar en esta vida con tantos avatares no nos salvamos, ¡apañados estamos!

Y te digo, Jesús, que me cae bien Nicodemo porque, por honesto, su honestidad le lleva a buscar respuesta a su acuciante pregunta. No era un despreocupado en un asunto tan importante, como es la salvación. Siendo un hombre de estudios, y viendo que la ciencia en general, o la teología rabínica en particular, no le dan respuesta, acude a ti. Sin duda te conoce; ya sea por haberte escuchado cuando hablabas a la gente, o por haberse informado acerca de tu persona, o por ambas cosas. Acude a ti. Lo hace por la noche, cuando sabe que estás más libre y desocupado. Sin duda que te conoce. No sólo le has caído bien, cree en ti. Ha puesto su confianza en ti. Y suelta la pregunta que le quema en el alma: *"¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?".*

Siendo Nicodemo un intelectual, tú, Jesús, le respondes por la vía de la intelectualidad. Le dices: *"¿Qué está escrito en la Ley?".* ¡Ay, la ley! ¡Cuántas trampas y mentiras pueden contener las leyes! ¡Cuánta inmoralidad esconden, a veces, las leyes! No todo lo que es legal es moral. De todos modos, Nicodemo sabe perfectamente que, con el correr del tiempo, los teólogos rabínicos no se han contentado con la Ley de Moisés, los Diez Mandamientos, sino que han ido acumulando más leyes. Van ya, acumuladas y archivadas, 613 leyes. ¡Casi nada! ¿Quién puede cumplirlas? El primer escollo es que habría que aprendérselas de memoria; luego ahondar en la comprensión de la materia de que se trate.

En este momento, dejando la vía de la intelectualidad, por inconsistente, vas directo al corazón. Le dices que se olvide de tanta ley. Y le dices que esos 613 preceptos se sintetizan en dos: el Amor a Dios y el Amor al Prójimo... (Dt 6,5; Lev 19,18). Dos mandamientos que, en realidad, son dos, sino uno solo: ¡Amar! Eso es lo que hay que hacer para asegurar la salvación: ¡Amar!

Repetidas veces, el Evangelio constata que había gente, generalmente los fariseos, que te hacían preguntas. Esas preguntas solían llevar una malintencionada segunda intención. Querían ponerte a prueba. Pero tú, Jesús, no rehusabas el diálogo. Y aprovechabas cada pregunta, no importa la mala intención que llevaran, para tratar de evangelizarlos. Como aquella vez que alguien te preguntó acerca del *"prójimo".* Seguro que te alegraste de que te preguntaran sobre el prójimo, ya que con esta expresión se designaba a los miembros del Pueblo de Dios, excluyendo a los enemigos, pecadores y no practicantes. Pues bien, con tu característico estilo pedagógico, respondiste con una preciosa parábola. La del *buen samaritano*. (Lc 10,25ss)

¡Con qué marcada intención elegiste a un samaritano como protagonista de la parábola. Se trataba, por consiguiente, de un enemigo, de un disidente. Al pobre, lo asaltan los bandidos, lo muelen a palos, le roban…, ¡vamos!, que lo dejaron más muerto que vivo. En esto, pasan por allí los *"buenos":* un sacerdote, por consiguiente, fariseo; un levita, ¡tal para cual! Pero se van de largo. Tocar al herido hubiera supuesto quedar *impuro*, es decir: incumplir alguno de esos 613 preceptos. ¡Una vez más, la ley! ¡La hipócrita ley! No les importa que el

pobre malherido se desangre y muera. Para ellos la ley es más importante que la vida humana. ¡Hipocresía de ayer y de hoy!

Sólo el samaritano, el *"enemigo",* tuvo entrañas de caridad. Pues mira si la cosa no tiene bemoles. Poco sabría de leyes el samaritano. Pero sí de sentimientos, de humanidad, de compasión. No te limitaste a contarles la parábola, de singular belleza. Entablaste diálogo: *"¿Cuál de los tres te parece que se portó como prójimo del hombre asaltado…"* (Lc 10,36). Al doctorcito de la ley, fariseo él, no le quedó más remedio que responder: *"El que tuvo compasión de él".* Pues, *"¡Anda, ve, y haz tú lo mismo".*

Te confieso, Jesús, que leyendo esta parábola, a uno le salen los colores a la cara. ¿Cuántas veces he sido capaz, si es que lo he sido, de imitar al buen samaritano? Porque el camino del cielo pasa por el amor al prójimo.

-33-
SEÑOR, QUE NO SABEMOS

Jesús, cuánto conforta, y cuánto se aprende leyendo el Evangelio. Resulta que, y valga la comparación, cuando nos miramos a nosotros mismos, nos pasa como a los apóstoles. Se dieron cuenta, nos damos cuenta, de que no sabían orar. Y para aprender, acudieron a quien podía enseñarles, al Maestro, a ti: *"Señor, enséñanos a orar..."* (Lc 11,1). Y les enseñaste. Primero, y acomodado a su corto alcance, mediante una fórmula preciosa, el Padrenuestro. Que era mucho más que un simple rezo, o un recitar en la sinagoga pasajes de la *Torá*. Fue la mejor fórmula condensada para luego poder *orar en espíritu y en verdad* (Jn 4,23).

La liturgia, en cuanto oración oficial de la Iglesia, debe realizarse en ti y por ti, Jesús. Todo lo que va vinculado a ti, será aceptado por el Padre. De ahí que dijeras: *"Lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concederá"* (Jn 16,23). A nivel individual, toda oración, por muy en privado que se haga, estará siempre en sintonía con toda la Iglesia. Así, por ejemplo, la lectura asidua de la *Palabra de Dios* nos ayudará a sintonizar con el Padre. Porque la Palabra es oración.

Resulta magnífica la escena que presenta el evangelio; aquel encuentro que tuviste con la samaritana en el brocal del pozo de Jacob. Tú, Jesús, le pediste agua. Pero más allá del agua material, que también, le estabas pidiendo más formalidad de vida. Cuando la mujer intuye que eras algo más que un simple caminante sediento que, más que pedir, ofrece otra Agua, su actitud displicente cambió. Comenzó por desviar la conversación hacia el sentido religioso de la vida. No iba desencaminada: *"Nuestros padres adoraron a Dios en este monte..."* (Jn 4,20). ¿Era una forma de evitar que siguieras ahondando en su vida íntima y personal? Posiblemente. Se dio cuenta de que estabas dando muestras de conocerla mejor que ella misma. Optó por la evasión, sin darse cuenta que caía en la trampa que le estabas tendiendo. Aceptaste la presunta evasión. Vas derecho al grano y le dices: *"Llega la hora en que, ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Llega la hora (ya estamos en ella) en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad"* (Jn 4, 21-24). Y por la vía del tema religioso, llegaste al tema moral, que era el verdadero problema, y lo que tal vez sin darse cuenta, preocupaba de verdad a esta mujer.

Dices, Jesús, que hay que *orar siempre* (Lc 18,1). Toda oración va dirigida a Dios, que es inefable; por consiguiente, inimaginable para nuestra pequeña capacidad mental humana. En cambio, sí se nos hace fácil entender que Dios es Padre. Lo expresa muy bien el Éxodo: *"Mi rostro no lo puedes ver, porque nadie puede verlo y quedar con vida". "Podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás"* (Ex 33, 18-23). Y el apóstol Juan, en el Evangelio, dirá: *"A Dios nadie lo ha visto. El Unigénito, que estaba al lado del Padre, lo ha explicado"* (Jn 1,18).

Jesús, las teofanías, o manifestaciones de Dios, son presentadas bíblicamente, a través de símbolos, el mejor modo de expresar lo inefable, lo inenarrable. Con los símbolos se expresa lo que para el ser humano es una intuición, que no una visión, de la divinidad. Un

símbolo recurrente es el de *"la nube luminosa"* (Ex 24,16-18). Hoy, que vivimos en la llamada cultura de la imagen, estamos sometidos a las mediaciones. El más mediatizado de todos los lenguajes es seguramente el religioso. Todo lenguaje, y más el referido a Dios, tiene sus "límites". Es profundamente humano. De ahí que, atribuimos a Dios situaciones, estados, pasiones, que son de los humanos. Decimos, por ejemplo: *"Dios padece"; "Dios lo ha querido", "Dios monta en cólera", "Dios va al frente de los ejércitos",* etc. Expresiones que abundan sobre todo en el Antiguo Testamento. Por eso se necesitan criterios para configurar una imagen sana y auténtica de Dios. Pero la imagen que más nos aleja de Él, es aquella que conlleve connotaciones fundamentalistas, racistas, o clasistas. En cambio, cuando tú, Jesús, hablas de Dios empleas la palabra *Padre*. Un Padre que, además, siempre es presentado como *misericordioso*, tanto que, además de Padre podríamos también llamarlo *Madre*, por ser la imagen que más nos acerca al misterio inefable de Dios. Lo dicho, Jesús, que no sabemos, enséñanos.

Siempre nos será más fácil aprender a orar si tenemos la idea de Dios como un Padre cercano, lleno de amor, de ternura, compasivo. Un Padre con corazón de Madre. Y siendo la oración al mismo tiempo búsqueda de la voluntad de Dios, habrá que buscarla como busca el amado a la amada, tan lírica y hermosamente expresada esa búsqueda, en el *Cantar de los Cantares.* (1,7; 3,1-4…).

-34-

SOCIEDAD ENFERMA

Jesús, nuestra sociedad está enferma. Gravemente enferma. ¿A que sí? El cáncer de la violencia, despiadada y criminal, incurable hoy por hoy, lo demuestra. Basta recordar las inauditas masacres del 11 S, del 11 M, del 7 J. Nueva York, Madrid, Londres... Por este orden. Y todo el horror bestial del terrorismo islámico actual, sin sentido y demencial. Irak, Siria… Estúpidas inmolaciones suicidas que causan tantísimas muertes de gente inocente. ¡Horror…!

Mentes capaces de idear, o de llevar a ejecución, semejantes atrocidades, son mentes satánicas. Por desgracia, conviven con la raza de los civilizados. Cierto es que en el ser humano cohabitan, permanentemente enfrentados, dos instintos: el instinto de muerte y el instinto de vida. Contra el primero, no se ve solución. Hoy, quien quiera hacer el mal por el mal, lo puede hacer impunemente. No hay quien pueda frenarlo.

La naturaleza, siendo como es, genéticamente depredadora, no está programada para actuar con esa irracional brutalidad. El ser humano nació para proclamar la vida, no la muerte. Es verdad que en la naturaleza nos devoramos unos a otros. Por más que sea duro constatarlo, y aunque parezca contradictorio, es ley de vida. Para alimentarnos, nos fagocitamos unos a otros. Es la ley de la supervivencia. Es la ley del equilibrio ecológico. Es la cadena de destrucción irremediablemente necesaria. Cada especie cumple su ciclo vital individual. Y al mismo tiempo colabora en el conjunto vital. Y todo sucede de modo tan natural que ni cuenta nos damos de que todos vivimos a costa de otros. Habrá quien diga: yo tengo tanto amor a los animales que jamás como carne. Soy vegetariano. Muy bien. Pero nadie podrá negar que también las plantas son seres vivos.

Y bien, más allá de esta elemental lógica ecológica que se advierte en la naturaleza, se constata, por desgracia, que nuestra sociedad está gravemente enferma. Y una de dos, o la curamos o se nos muere. Es urgente que, comenzando por los dirigentes de las naciones y siguiendo por los demás ciudadanos, haya una concienciación para empezar una labor pedagógica y urgente a favor de la vida. Urge también que en las universidades, colegios mayores, y hasta en simples colegios o escuelas, los docentes hagan esta labor pedagógica para concienciar a los alumnos en pro de la vida. La misma labor incumbe a los padres de familia en cada hogar, ya que la primera escuela de valores es la familia.

Hoy, más que nunca, querido Jesús, urge acudir a Dios. Sólo él es el dueño de la vida. Y urge acudir al Evangelio, que tú proclamaste. Pasaste por el mundo *"haciendo el bien y curando toda enfermedad"*; pues bien, hoy más que nunca necesitamos que nos eches una mano, para salir de esta situación absurda en que la humanidad está metida por culpa de la violencia. ¿De qué nos sirve una sociedad sin humanidad? ¿De qué nos sirve una sociedad sin corazón? ¿Qué nos está pasando con una sociedad que crea tales monstruos? La sociedad necesita directrices morales y principios de orientación. La sociedad necesita vivir civilizadamente. Por eso te necesitamos, Jesús, con toda urgencia.

-35-
TRES TIENDAS SIN DUEÑO

Jesús, con frecuencia se oye decir que *"hay que tener experiencia de Dios".* Suena bien. Es una frase bonita. Pero, me pregunto: ¿qué es tener experiencia de Dios? Porque Dios no es tangible, no es evidente, ni es objeto de laboratorio. Sin embargo, la frase manifiesta una realidad: la necesidad vital que tenemos de Dios. Desde ese punto de vista, la primera experiencia de Dios somos nosotros mismos. Somos conscientes de tener una conciencia; y sobre todo, de que tenemos una sed infinita de eternidad. Cuanto más limitados nos sentimos, más urgidos estamos de una transcendencia que nos plenifique. Sólo Dios puede llenar nuestra acuciante necesidad de eternidad.

Ahora bien, ¿cómo llegar a Dios? Hay muchos caminos, sin duda, para llegar a Dios. Creo que el primero es uno mismo. Nuestra consciente carencia de realización plena nos lleva a Dios. Es lo mismo que decir *"tener el sentido de nuestra propia vida".* Pero, ¿cómo? El sentido de la vida está marcado por las tres lo preguntas básicas de la existencia humana: ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Qué sentido tiene mi presencia en este mundo?

El segundo camino, transcendental e imprescindible, querido Jesús, eres tú. Nos lo has dicho: *"Soy el Camino, la Verdad y la Vida"* (Jn 14,6). En consecuencia, tú eres quien nos da la pista para solucionar nuestra ansia y necesidad de eternidad, y poder salir de nuestra carencia existencial. Si no, estamos en crisis. Pero no podemos estancarnos en la crisis. El Evangelio nos deja entrever que los Apóstoles estaban en una profunda crisis. Su fe era vacilante. Dudaban. ¿Y qué hiciste? Llevarlos al Tabor para reavivar su fe. Llevarlos a la montaña, símbolo de lo sagrado, de las teofanías de Dios. Dios se manifiesta en la montaña; como en el Horeb a Abraham, o en el Sinaí a Moisés. Y en el Tabor, además de orar, te trasfiguras a la vista de Pedro, Santiago y Juan. (Lc 9:28-36; Mt 17,1-9; Mc 9,2-10). Tu rostro deja transparentar la presencia de Dios. Allí escuchan la voz de Dios: *"Este es mi hijo amado, escuchadlo".* (Lc 9,35). Allí *Aparecen Moisés y Elías* hablando sobre lo que encontrarás en Jerusalén.

De repente, como si hubieran entrado en éxtasis, los apóstoles sienten tal paz y bienestar, que Pedro exclama: *"Qué bien se está aquí. Hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías* (Lc 9,33). En el colmo de su felicidad, se acordó de plantar tiendas, ¿con qué y cómo?, para quienes no las necesitaban; en cambio, se olvida de él y de sus compañeros. Se siente tan a gusto que no necesita tienda que le cobije. Se siente como transportado y asentado en el cielo. Adiós crisis. Sin embargo, con la misma y sorpresiva celeridad con que ha aparecido, desaparece la visión. Y los mandas bajar del monte, a la llanura de la cotidianidad. A seguir con sus crisis. Pero ahora, con la fuerza y medios de poder orientar sus vidas de un modo trascendente.

Deshabitadas quedaron aquellas hipotéticas tiendas. Los destinatarios no las necesitaban. Ellos, tampoco. Ellos, debían seguir enfrentando los conflictos del día a día, pero sabiendo dónde está la meta, que sí saciará todas nuestras ansias de eternidad.

De otro lado, la experiencia que han compartido les ayuda a aceptar lo que se resisten a creer: que tu triunfo, Jesús, pasa por el sufrimiento y por la cruz; y que la cruz no nos es ajena: *"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame"* (Lc 9,23). Es decir, no se puede vivir de espaldas a la realidad personal o del mundo en que vivimos.

Desde esta experiencia de la transfiguración, seguramente que adquirieron una conciencia diáfana de la finitud de las cosas, aun las más agradables. En pie quedan los interrogantes básicos sobre los que todos necesitamos preguntarnos: el *por qué* y el *para qué*, de la existencia humana. En esos interrogantes entra, por supuesto, y de modo primordial, el problema Dios. Dios no es evidente. Es objeto de fe. Y sin embargo, Dios es necesario, es imprescindible. Es el sentido último y total de nuestra existencia. Gracias, Jesús.

-36-
TRIGO Y CIZAÑA

Jesús, a la experiencia me remito; si que nuestra sociedad está enferma, es porque salud y enfermedad van juntas, en mayor o menor proporción cada una. Según de qué lado se incline el fiel de la balanza, tendremos el resultado correspondiente. Hay una parábola en el Evangelio, muy significativa al respecto: *"El Reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo..."* (Mt 13, 24-30). Así comenzaste a narrar la parábola del trigo y la cizaña. ¡Buen diagnóstico de nuestra sociedad!

El labrador había sembrado trigo, sobre tierra bien preparada. De pronto notó que junto a los tallitos del trigo, que al nacer iban formando una preciosa alfombra verde que el viento ondulaba, crecían también otros tallos que no eran de trigo precisamente, sino de hierbas que robaban tierra y alimento al trigo. Cundió la preocupación. Había que poner remedio. ¿Qué hacer? ¿Arrancar las malas hierbas? Corría peligro de ser arrancado el mismo trigo. ¿Dejar que crecieran juntos el trigo y la mala hierba? Mala compañía suponía la mala hierba para el trigo. Habría menos cosecha de trigo de la esperada. Pero era la solución menos mala. Y el trigo y la cizaña crecieron juntos.

Jesús, se me ocurre aplicar una moraleja apócrifa a la parábola del trigo y la cizaña. Y es que, el labrador, además de sembrador, sería también el terreno sembrado, la tierra que espera dar una cosecha abundante. De pronto este labrador, viéndose a sí mismo como tierra de gran porvenir, de cosechas copiosas, se recrea mirándose a sí mismo, y se dice: ¡Hay qué ver...! ¡Qué buena tierra soy! ¡Qué espléndidas cosechas producto! ¡Soy el número uno en todo! Y entonces, sin apenas darse cuenta, prácticamente, de repente se llena de soberbia, de vanidad, y de ambición. Y donde había semilla limpia y buena de trigo, comienza a mezclar otras semillas de, digamos, negocios turbios, asuntos nada claros.

Pero, a diferencia del hombre de la parábola, a este otro no sólo no le importa que haya cizaña entre el trigo. Es que quiere que haya toda clase de malezas. Contra más, mejor. Más abundancia, más riqueza. Que es, en definitiva lo que le interesa. ¿Y qué le interesa? Fundamentalmente, acumular, tener. Cuanto más se tiene, mejor. La sociedad actual está diseñada para tener. La personalidad de mucha gente hoy se va configurando desde el tener. Todo gira en torno al tener. Sólo que, cuanto más se tiene menos se es. Esto es susceptible de aplicarse a infinidad de campos y situaciones. Lo mismo a la economía, que a la cultura, que a la religión. La cuestión es tener.

¿Tener qué? ¿Tener dinero, tener riqueza...? Vale. Pero el dinero no lo es todo, aunque abre muchas puertas. ¿Tener conocimientos? Es importante. Pero es más importante poseer una cultura. La cultura echa y tiene raíces. Los simples conocimientos, a la larga, tienen menos consistencia. ¿Tener fe? La fe es necesaria. Pero no como posesión, sino como crecimiento. Creerse en posesión de la fe resulta, cuando menos, sospechoso, y sin duda peligroso. Quien se instala en una fe acomodaticia difícilmente puede crecer en la fe auténtica.

Voy comprendiendo, Jesús, que la posesión lleva a la manipulación y a la deformación. Desde el momento en que la fe se convierte en la seguridad en uno mismo, se deja de buscar el camino luminoso del evangelio, que es siempre nuevo, sorprendente y fascinante. No basta ser grano de trigo. Por supuesto que en el grano de trigo ya está contenida virtualmente la futura espiga, la futura harina, el futuro pan. Hace falta, sin embargo, que el trigo se desarrolle, crezca en el día a día de la tierra. Entonces sí, entonces es cuando la fe consiste en orientar toda la persona hacia Dios. Porque la fe es búsqueda, es crecimiento.

-37-
UN TESORO DEMASIADO ESCONDIDO

Jesús, has venido al mundo para salvarnos. Abiertamente, nos has hablado del Reino de Dios. Es nuestra meta. Y para que nos quede claro y lo entendamos bien, nos has hablado en parábolas. Elocuente lenguaje, perfectamente entendible. Las parábolas son sugerentes. Estimulan nuestra imaginación y nos meten de lleno en el tema que desarrollas. Eres el mejor pedagogo de la Historia.

Una de esas preciosas parábolas, entre otras varias, la recoge san Mateo. Me refiero a la Parábola del Tesoro escondido. (Mt 13,44). El descubrimiento del tesoro provoca, en quien los encuentra, dos actitudes: Alegría por encontrarlo, y prudente silencio. Esto se entiende fácilmente. Es como cuando a alguien le toca la lotería *"primitiva".* La alegría inmensa, para el agraciado ganador. Y más si esta persona está en el paro, y lleno de deudas hasta la coronilla. Ve de pronto solucionados un montón de problemas. La vida resuelta. Pero, prudentemente, se calla, no lo divulga. De otro modo, en primer lugar la prensa, lo atosigarían a entrevistas. Y hasta pudiera tener problemas con los amigos de lo ajeno.

El Reino anunciado por ti, Jesús, más allá de la parábola ilustrativa, es una preciosa realidad. No hay tesoro más precioso que el Reino de los cielos. Es un tesoro escondido, sí. Pero fácil de encontrar. Es como si nos hubieras convertido en zahoríes y dotado del instrumental adecuado para buscar y poder encontrar el tesoro. En este caso, más que la inteligencia, es nuestro corazón inquieto el instrumento de búsqueda. Nuestro corazón está insatisfecho. Así nos ha hecho Dios: insatisfechos. Con lo que no nos queda más remedio que ponernos a buscar aquello que puede llenar nuestro vacío interior.

En esa necesidad imperiosa de búsqueda, buscadores como somos, has querido que encontremos el Tesoro escondido. Y una vez hallado, nos dices que debemos renunciar a todo, con tal de poder quedarnos con el mismo.

Está claro, Jesús, que el Tesoro eres tú. Por ti debemos estar dispuestos a pagar cualquier precio. Ese precio nos va hacer cambiar nuestras rutinas de vida. Es hora de espabilarnos. Esto nos lleva a una pregunta necesaria. ¿En qué gastamos nuestra vida diaria? ¿En qué empleamos nuestro tiempo? ¿Cuánto tiempo dedicamos a la oración, a la formación, a la cultura, a hacer el bien a los demás? Y en la medida en que podamos respondernos positivamente, encontraremos una alegría mucho mayor que ninguna otra cosa. Si un comerciante, valga el ejemplo, ha realizado un buen negocio, se siente feliz. Pues el Reino de Dios es un tesoro por el que bien vale la pena renunciar a todos los bienes de este mundo.

Me pregunto, Jesús, si los cristianos hemos captado la importancia de esta parábola. Y, si tenemos conciencia de ese tesoro encontrado, ¿por qué permanecemos muchas veces abrumados, tristes o desanimados? ¿Por qué hay tantos hombres y mujeres que viven como si no hubieran encontrado el Tesoro del Reino de los cielos? ¿Por qué, los que nos llamamos buenos, no lo somos tanto? ¿Por qué no hacemos más para que desaparezca del mundo la violencia, que nace no sólo del empleo de las armas, sino también del mal uso de las riquezas materiales, del sarcasmo de los podemos, y de la indolencia de los débiles?

Jesús, tú, y sólo tú, eres nuestro verdadero Tesoro. Aunque a veces te tenemos demasiado escondido.

-38-
UNA BARCA EN LA PLAYA

Jesús, sabes que los niños, mientras son niños, viven un mundo muy distinto al de los adultos. La mente de un niño está llena de fantasías. Esto le hace viajar por mundos fantasiosos, y llegar mucho más lejos de lo que llegamos los adultos. De hecho, tú nos has dicho que hay que *ser como niños para poder entrar en el Reino de los cielos* (Mt 18,3). Pero no me refiero a este pasaje del Evangelio si te digo que quién pudiera ser niño siempre, en el tiempo. El niño vive mundos de fantasía, donde todo es limpio, donde la maldad no existe, donde todo es luz. Pero la niñez biológica dura poco. Luego, cada quien tiene que enfrentarse con el mundo real, a veces en circunstancias muy duras. Pero ese mundo real es así, en el lado negativo, porque lo hemos construido los adultos. Qué pronto dejamos de ser niños, y más pronto aún nos olvidamos de que hemos sido niños, constructores de mundos fantásticos, donde todo era hermoso.

Si te digo esto, Jesús, es porque de vez en cuando me vienen a la mente recuerdos de infancia. Hasta los siete años no conocí el mar. Seguramente, el de mis fantasías infantiles no coincidiría con el real. Cuando pude verlo por vez primera, siendo niño, me quedé fascinado. Nunca me canso de ver el mar, inmenso, inabarcable, la majestuosidad de sus olas, los barcos navegando. Un día, en aquella playa del Pacífico, vi varada una barca. Mi mente voló de pronto a otro mar, así llamado, en realidad un lago: Genesareth. El lago cuyas riberas tantas veces recorriste. Y me fui imaginando la escena.

Lo primero que vi, era un lago lleno de luz. Luz natural, sí; pero otra luz lo embargaba. *"El Pueblo que vivía en tinieblas vio una luz grande"* (Is 9,2). La profecía de Isaías encajaba perfectamente. La luz surgió en el lago. Tú eras la luz, el amanecer del *Pueblo*. La Luz estaba en el lago. La luz, que comenzando a brillar en Galilea, anunciaba la llegada del Reino.

Y aquella barca varada, se comenzó a llenar de pescadores. Y éstos, más que peces, pescaban hombres de todas las razas y culturas. Y tú, Jesús, subido en la barca, anunciabas a todos los hombres la Buena Nueva de la llegada del Reino. Era el comienzo de tu actividad, en una región pobre y oprimida, lejos de los centros económicos, políticos y religioso de su tierra. Tu programa evangelizador nada tenía que ver con eslóganes políticos, o económicos. Tu apertura del Evangelio fue muy diferente: *"Convertíos, porque está el Reino de Dios"* (Mt 3,2). Y para llevar a cabo tu programa salvífico, elegiste unos colaboradores que nada tenían que ver con el mundo de las finanzas o de la intelectualidad. Simples pescadores. Gente sencilla, ruda, sin estudios, hombres trabajadores que sabían lo que es luchar por la vida. Sin más medios que una barca. Oyeron tu llamada y te siguieron. *"Venid, seguidme y os haré pescadores de hombres"* (Mc 1,17).

El Reino de Dios, si es correcto decirlo así, comenzó en una barca. "*Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron*" (Mc 1,18). Se embarcaron en otra barca: la del Reino de Dios. Se embarcaron el Misterio de Dios. En un Reino abierto a todos los hombres. Porque el Reino de Dios es una llamada tuya, querido amigo Jesús, para que los hombres vivan en comunión con el Padre y entre sí. Es tu presencia en los hombres y en el mundo. Es una invitación para ser más más auténticos, más sinceros, más niños, más de Dios.

Qué mundo más maravilloso, si pudiéramos verlo con ojos de niño, donde cada fantasía es real. Con razón nos dijiste que tenemos que hacernos niños.

-39-

VIVIR LA FE ES VIVIR A DIOS

Jesús, qué duda cabe que cada persona, consciente de su entidad y realidad cristiana, trata de serlo desde unos parámetros de responsabilidad y de vivir activamente la fe. Pero me parece que vivir la fe activamente no es fácil. Lo habías advertido. Para seguirte se necesita llevar la cruz. Hay muchas maneras de llevar la cruz. Una, suavizando su peso y su dureza. Otra, llevarla con el realismo que conlleva siempre una cruz, en cuanto a negación de los propios gustos o intereses, de ir contra corriente, y de saber que quien se determina por ser consecuente con la fe será, muchas veces, el hazmerreír de los incrédulos. Y también de los mismos cristianos menos comprometidos, y menos valientes a la hora de dar testimonio.

Llevar la cruz supone también atenerse al cumplimiento de leyes y normas que, tantas veces, no dejan de ser un fastidio. Un semáforo, pongamos por caso, no deja de ser un freno a la prisa, a la velocidad. Nos come la prisa y quisiéramos llegar rápidamente a cualquier lugar. Pero ahí está el semáforo, frenando, fastidiando nuestra prisa. Y sin embargo, lejos de fastidiar, es garantía de seguridad y de protección. Algo así sucede con las leyes, comenzando por los Mandamientos de la Ley de Dios. Vistos en frío son un fastidio, porque son un freno a los instintos más primarios, si se miran de un modo parcial y desenfocado. Pero en su espléndida sabiduría son un inmenso bien para la humanidad en general y para la persona en particular. Nos ayudan a actuar con inteligencia y con racionalidad.

La fe no es una entelequia. Hay que llevarla a la práctica real de la vida cotidiana. Esto supone poner en práctica un código determinado de leyes. Supone ajustar nuestro comportamiento a unas normas morales y también eclesiásticas. En la sociedad, cuanto más y mejor organizada está, más leyes aparecen. Son en bien de la misma organización.

También la Iglesia se organiza como una sociedad. Formada, naturalmente, por hombres y mujeres, necesita una trabazón, una coyuntura interna. No se puede ir por libre. Pongamos por caso algo tan familiar como un partido de fútbol. Funciona gracias a que hay unas determinadas leyes de juego. De otro modo, sería el caos, u otra cosa.

Jesús, cuando mandas a los apóstoles ponerse en camino, digamos, para ir a proclamar la Buena Nueva, lo primero que necesitan es tener voluntad de ponerse en camino. Lo segundo, es que haya camino, lo que significa que haya un mínimo de medios para poder cumplir la misión encomendada. Esos medios serán la palabra, el mensaje, y los mismos receptores del mensaje. Y habrá una meta. Es decir, el por qué se hacen las cosas, por qué se proclama el Evangelio. Para construir el Reino de Dios.

Necesitamos, entonces, escuchar tus palabras, Jesús; hacerlas propias, asimilarlas, para poder luego transmitirlas a los demás. Nadie da lo que no tiene. Como creyentes, situados en medio de una sociedad, muchas veces adversa, necesitamos redescubrir la verdadera dimensión y misión de la fe: *"Id y proclamad que el Reino de los Cielos está cerca.*

Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido. Dad gratis" (Mt 10,8).

Qué difícil, sin duda, resulta poner en práctica esto último, *"dad gratis",* cuando nuestra sociedad, cada día más, desconoce la gratuidad. Cuando son cada día menos hasta las mismas ONGs que trabajan desinteresadamente. Cuando la pobreza de unos se convierte en explotación y riqueza para otros. El Evangelio es proclamación y es tarea. Nuestra primera tarea hoy es proclamar que Dios está cerca del hombre, que está empeñado en salvarlo. Que Dios busca la felicidad de todos y de cada ser humano.

Por otro lado, el Evangelio no son palabras, ni discursos lanzados al viento por las ondas de la radio o de la televisión, aunque éstos sean medios que ayudan; ni puede quedarse en mera catequesis. Es trabajar por infundir a los hombres y mujeres de hoy una nueva vida. Tu Vida, Jesús, que a su vez va a significar curar enfermos, liberar a las personas de todo aquello que las paraliza, o les roba vida y la ilusión de vivir.

Ser creyentes nos exige luchar para tratar de erradicar el mal y el sufrimiento. Y, sobre todo, infundir esperanza en quienes necesitan sanar el alma o el cuerpo y están destruidos por el dolor y la dureza misma de la vida diaria, o la soledad. Una sociedad donde muchos de sus miembros se mueren de hambre es una sociedad injusta. Es preciso resucitar muertos, es decir, liberar a las personas de todo aquello que bloquea sus vidas o mata su esperanza.

El Evangelio es un despertar de nuevo el amor a la vida. Es ayudar a que las personas pongan su esperanza y confianza en Dios. Por eso la fe, llevada a la práctica, no puede tener complejos. No se puede ser cristiano en cuanto a las ideas y el convencimiento personales, y luego no serlo en la práctica. Donde se vive la fe se anuncia a Dios.

EPÍLOGO
JESÚS SIGUE LLAMANDO: PUERTA ABIERTA

Quien se haya encontrado de verdad con Jesús, jamás se apartará de él. Es él quien viene a nuestro encuentro, quien llama a nuestra puerta. Pero, como en el soneto de Lope de Vega, de nada sirve que llame y siga llamando, si no le abrimos. Sólo si le abrimos la puerta del corazón se producirá el encuentro. Quien no es capaz de abrir a Jesús la puerta del corazón es porque nunca se ha encontrado con él. Aunque no fuera más que por curiosidad, vale la pena abrirle. Pero esa es decisión personal. Jesús respeta totalmente la libertad de cada persona. El amor es libre. Y abrirle es cuestión de amor.

Quien esté dispuesto a seguir a Cristo, sabe que no estará solo. Irá acompañado de la fuerza del Espíritu. El Espíritu es quien sostiene la fe del creyente, del seguidor de Jesús. Es Jesús mismo quien impulsa nuestra voluntad de seguirle, ayudando a la indigencia de cada ser humano con su amor infinitamente misericordioso.

ÍNDICE

	Pág
Preámbulo: Cuando la puerta está trancada	3
1- ¡Adelante!	4
2- Banquete sobre mantel de hierba	6
3- Compasivo y misericordioso	8
4- Crisis de Dios	9
5- Dios es frágil	11
6- Dos caminos	12
7- El desierto de nuestras evidencias	14
8- El mayor signo de los tiempos	16
9- El Reino de Dios es ver	18
10- El saque de honor	20
11- El Sembrador	22
12- En busca de Dios	24
13- Escollos y división	25
14- Estar en la higuera	28
15- Eucaristía y Resurrección	29
16- Ídolos y libertad	31
17- Jesús el amigo de verdad	33
18- La fe: transmitida, recibida, vivida	34
19- La lección del látigo	36
20- La vida es lineal	38
21- Libro de una sola página	40
22- Maestro, ¿dónde vives?	41
23- Mística divina y humana	42
24- Nuestro dial en la frecuencia de Dios	44
25- Orar difiere de rezar	46
26- Pasar el itv de la vida	48
27- Pozo de encuentros	49
28- Profetas de hoy y de siempre	51
29- Que no se apague la luz	53
30- Raíces dañadas	55
31- Sacerdotes, profetas, y reyes	57
32- Seiscientos trece igual a uno	59
33- Señor, que no sabemos	61
34- Sociedad enferma	63
35- Tres tiendas sin dueño	64
36- Trigo y cizaña	66
37- Un tesoro demasiado escondido	68
38- Una barca en la playa	69
39- Vivir la fe es vivir a Dios	70
Epílogo: Jesús sigue llamando: puerta abierta	72